

**EUCARISTIA,
MISTERIO DE AMOR**

Una reflexión doctrinal

Pedro García
Misionero Claretiano

PRESENTACION

Por curiosidad más que nada, pero también con algo de intención, le pregunté a un sacerdote amigo, muy ejemplar además de notable teólogo:

- ¿Qué te parece ese Año de la Eucaristía que el Papa nos propone para después del Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara?

Y me respondió con rapidez inusitada:

- ¿Qué me parece? Una bendición para toda la Iglesia. No dudes que vendrá una renovación intensa de la vida cristiana en todos los niveles. Hemos de ayudar a los fieles a celebrarlo con verdadera pasión.

Acabó el brillante Congreso de Méjico, Octubre del 2004, y tenemos ya en perspectiva el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, que cerrará en Roma este Año casi jubilar del Sacramento. El Espíritu Santo es quien nos lleva por aquí, y a nosotros nos toca únicamente secundar su iniciativa divina.

A ello viene este librito, que no pretende otra cosa que empujarnos hacia Jesucristo, presente en la Eucaristía, “fuente y cima de toda la vida cristiana”, como nos ha dicho con frase feliz el Concilio. Porque *la Iglesia celebra la Eucaristía, y la Eucaristía hace Iglesia*.

En medio de su sencillez y brevedad, quiere este escrito adentrarnos en el misterio eucarístico. ¡Conozcamos lo que vivimos! Instruyámonos en lo que es por antonomasia el “Misterio de nuestra fe”. Así lo viviremos después con verdadera pasión, expresándolo con devociones apropiadas.

Como guía de nuestro discurrir, junto con la Biblia, tendremos el “Catecismo de la Iglesia Católica”, *CCE*, la encíclica del Papa Juan Pablo II “Ecclesia de Eucaristía”, *EDE*, y la Carta del mismo Papa sobre el Año de la Eucaristía 2004-2005 “Mane nobiscum, Domine,” *MND*, aunque muchas veces nos contentaremos con seguir el pensamiento, sin citar precisamente las palabras textuales de estos documentos.

Tratado todo en plan popular, la doctrina teológica se verá ilustrada con ejemplos apropiados, algunos de los cuales están ya escritos en el libro “Mi Hora Santa Eucarística”, de 65 Horas, todas diferentes para cada semana del año.

Quiera el Señor, por su Madre y Madre nuestra María, hacernos a todos almas verdaderamente eucarísticas, porque nuestra vida, a pesar de sus dificultades y contratiempos, se asemejaría mucho a la vida del Cielo...

En el Año de la Eucaristía
Fiesta de San Juan Apóstol, 27-XII-2004
San Salvador, El Salvador C. A.

ÍNDICE

1. “¡Dios está aquí!”

2. EL SACRIFICIO

3. ¿Qué es el sacrificio?
4. El sacrificio en la Biblia
5. Dios ante el sacrificio
6. Una profecía singular
7. Y vino por fin Jesús
8. En la Última Cena
9. La cena judía
10. La acción de Jesús
11. En el ara de la Cruz
12. Un solo Sacrificio
13. Misa, Última Cena y Cruz
14. Las otras confesiones cristianas
15. Para el perdón de los pecados
16. Dios plenamente glorificado
17. En nuestros altares
18. Por los sacerdotes ministros
19. El sacerdote, legado de la Iglesia
20. El Pueblo sacerdotal
21. María, modelo nuestro
22. Misa y Comunión
23. Mirando a Caná

24. LA COMUNIÓN

25. Unión con Cristo
26. Jesús, como nosotros
27. Lo mismo ahora en el Cielo
28. Aumento de la Gracia
29. La Gracia creciente
30. Crecimiento y Comunión
31. La palabra de Jesús,
32. La preparación y la acción de gracias
33. La poscomunión
34. ¡Una Comunión más!
35. Los Doctores y los Santos
36. Alimento imprescindible
37. Avivamiento del fervor
38. Comunión y fervor
39. Experiencias cristianas
40. La alegría
41. Victoria sobre el pecado
42. La Comunión ante el pecado
43. Los miedos infundados

44. Dominio de las pasiones
45. La Comunión exige esfuerzo
46. Expiación de la pena temporal
47. Resurrección gloriosa
48. Formación de Iglesia
49. Compromiso con los hermanos
50. Mirada retrospectiva

51. LA PRESENCIA

52. La Eucaristía, misterio singular
53. ¡Creo, Señor!
54. Una corazonada de Cristo
55. Por acción del Espíritu Santo
56. Los Papas modernos
57. ¿Qué se hace ante el Sagrario?
58. La “Conversación espiritual”
59. La “Adoración silenciosa”
60. Los frutos

CONCLUSIÓN

61. Para terminar
62. El Programa del Congreso
63. Para la historia de la Eucaristía

1. ¡DIOS ESTÁ AQUÍ!

Falta ya poco tiempo para que se cumpla el centenario de la canción eucarística más popularizada y sentida en todos nuestros pueblos de habla hispana: el “Cantemos al Amor de los amores”, himno del Congreso Eucarístico Internacional de Madrid en 1911. Y las palabras que cantamos con más vigor, como en un arranque divino, son las que proclaman nuestra fe en la presencia de Jesús: “¡Dios está aquí!”.

A Jesús —ese Dios, presente de modo tan singular en la Eucaristía—, nosotros lo vamos a mirar en su triple dimensión de Sacrificio, Comunión y Presencia, pues toda la reflexión eucarística se sostiene sobre este trípode fundamental.

Con la Eucaristía tenemos el **Sacrificio** en el que Jesús, nacido de María la Virgen y muerto en la Cruz, glorifica plenamente al Padre en el Espíritu Santo y realiza la Redención de los hombres.

“Cristo nos presenta el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Misa es un *memorial*: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección” (*MND*)

En la **Comunión** recibimos a Cristo, el cual nos llena, sobre toda medida, con la plenitud de los bienes de la Redención.

“La Eucaristía nació en el contexto de la cena pascual. Por lo tanto conlleva en su estructura el sentido del convite: “Tomad y comed... Tomó luego una copa, y se la dio diciendo: Tomad y bebed de ella todos” (*Id.*)

Con su **Presencia** permanente en el Sagrario, Jesús se queda con nosotros día y noche y nos acoge en su intimidad como Hermano y Amigo. Sacrificio, convite, prenda de la vida futura... Es cierto, pero

“Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: el misterio de la presencia **real**... La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo” (*Id.*)

A la luz de estos tres principios entenderemos lo que significa la vida eucarística, centrada toda ella en la Persona de Jesucristo; vida en la cual nos introdujo Él mismo con palabras tiernas y llenas de pasión divina: “Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros” (*Lucas 22,15*)

2. EL SACRIFICIO

Como un pórtico casi obligado hemos de traer aquel párrafo excepcional del Concilio y que repite el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47; CCE 1323)

Esto es la Eucaristía. Por celebrarla y recibirla, son muchas las almas que se imponen cualquier sacrificio, como **San Alonso de Orozco**, enfermo y con fiebre muy alta, que se ve obligado por orden médica a dejar de celebrar la Santa Misa. Los doctores le citan como autoridad a Galeno; Alonso lo toma casi a broma, y contesta: *¡Gentil testigo! De haber gustado esos médicos los bienes del Sacramento, no me lo hubieran prohibido. Dios no hace daño a nadie.*

3. ¿Qué es el sacrificio?

Sabemos lo que ha sido el sacrificio en todas las religiones a lo largo de los tiempos, pero especialmente dentro del pueblo judío. Ante Dios, el Ser supremo, siente el hombre la necesidad del culto, expresado especialmente dándose a ese Dios que está sobre todo, y por eso le ofrece su propia vida, haciéndole entrega de lo que es suyo, de lo que necesita para subsistir; y lo inmola, lo destruye y lo quema: animales domésticos o frutos del campo.

Este sentimiento de aniquilarse el hombre ante Dios, lo han expresado los Santos muy variadamente. Con la Eucaristía delante, de la cual hablamos nosotros, **San Antonio María Claret** se expresaba así con mucha frecuencia: “¡Jesús mío! Como el agua que se mezcla con el vino en el santo sacrificio de la Misa, así yo quiero unirme con Vos y ofrecerme en sacrificio a la Trinidad Santísima”.

4. El sacrificio en la Biblia

La Biblia en el Antiguo Testamento está llena de los sacrificios que Israel ofrecía a Yahvé su Dios. En el Templo de Jerusalén se ofrecían sin cesar, aunque los más notables y significativos eran los del día de la Expiación, el de la Pascua y también el del atardecer de cada día.

Estos sacrificios de Israel, los ofrecía el pueblo

- como alabanza y glorificación a Dios;
- como gratitud por la liberación de la esclavitud y por los favores recibidos;
- para satisfacerle por los pecados
- y para pedirle sus favores.

Eran los cuatro fines clarísimos de los sacrificios de Israel.

5. Dios ante el sacrificio

¿Le agradaban a Dios estos sacrificios? Naturalmente que sí, puesto que los había instituido y prescrito el mismo Dios: “¡Tus holocaustos están siempre ante mí!” (*Salmo 49,8*). Y aunque estos sacrificios eran incapaces de merecer la remisión de los pecados y la salvación, constituían sin embargo una figura del Sacrificio que Dios se preparaba (*Hebreos 9,8-10*). Lo que molestaba a Dios y reprobaba por los profetas era el culto frío, rutinario y hasta hipócrita de quienes se consideraban seguros con el Templo y sus innumerables sacrificios, mientras que su conducta estaba en oposición directa con esa fe muerta.

6. Una profecía singular

Así ocurría en tiempos de Malaquías, el cual lanzó su importante oráculo: “No me gustáis nada, dice Yahvé Sebaot, ni me agrada la oblación que traéis. Desde levante hasta poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrecerán a mi Nombre sacrificios y oblaciones puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Sebaot” (*Malaquías, 1,10-11*). La autorizada Casa de la Biblia comenta esta profecía asegurando que es una afirmación de extraordinario vigor y osadía, porque describe la dimensión universal del sacrificio eucarístico cristiano, agradable al Señor, que se ofrecerá en todas las naciones.

7. Y vino por fin Jesús

Era claro que estaba por llegar el gran Sacerdote que ofrecería a Dios en todo el mundo el Sacrificio perfecto. Como era imposible que la sangre de tantos animales borrara los pecados, el Hijo de Dios dice al entrar en el mundo: “No has querido sacrificio ni oblación; pero me has formado un cuerpo. Como no te agradaron holocaustos ni sacrificios por el pecado, dije entonces: ¡Aquí vengo, a hacer, oh Dios, tu voluntad” (*Hebreos 10,5-7*)

Presentado el Niño Jesús en el Templo a los cuarenta días de nacido, el ancianito Simeón insinúa que Dios lo aceptaba como víctima que un día consumaría su sacrificio: “Este niño está puesto como bandera de combate”; y le añade a María su Madre, declarándola desde entonces la asociada al Redentor: “Y a ti misma una espada te atravesará el alma” (*Lucas 2,34-35*)

8. En la Última Cena

Es muy importante saber que Jesús instituyó la Eucaristía precisamente el día en que se celebraba y comía la Pascua judía. Aquel año 30, caía en viernes, pero, por razones prácticas, muchos celebraban la cena ritual el día anterior, y Jesús lo hizo intencionadamente porque el verdadero Cordero pascual, que era Él mismo, iba a morir sacrificado el viernes, sustituyendo la pascua y la alianza antiguas por la Pascua y la Alianza nuevas y definitivas.

La pascua judía conmemoraba la liberación de Israel cuando dejó la esclavitud de Egipto. La Pascua cristiana celebraría hasta el fin del mundo la liberación de la Humanidad realizada por Jesucristo, que nos merecía el perdón del pecado y la remisión de la muerte eterna.

9. La cena judía

Es interesante saber cómo se desarrollaba la cena pascual judía.

Una primera copa de vino, con una bendición, venía a ser como hoy nuestro aperitivo.

Llegaba el *haroseth*, las hierbas amargas que se mezclaban con una salsa de color rojizo.

Se llenaba una segunda copa, pero no se empezaba aún la comida.

Hasta aquí era todo preparación, con el cordero asado delante, las hierbas amargas y el pan ázimo. El jefe de la familia explicaba todo el ritual en relación a la liberación de la esclavitud de Egipto, se cantaba la primera parte del *Hallel* con los salmos 112-113,8, y se bebía la copa.

El padre tomaba después el pan, alababa a Dios, lo partía y lo distribuía entre los comensales.

Venía a continuación la comida del cordero pascual.

Seguía la tercera copa, llamada de “Bendición”, de la cual bebían todos.

Después de recitar la segunda parte del himno *Hallel*, con los salmos 113,9-18, se bebía la copa, y todo había concluido.

10. La acción de Jesús

Jesús desarrolló la celebración de la Cena pascual con el mismo ritual judío, y dentro de este marco, y en su momento oportuno, es cuando el Señor pronunció las palabras consagratorias, con las cuales convertía el pan partido en su Cuerpo y el vino en su Sangre, para añadir al final: “Haced esto como memorial mío”.

Sobre el pan y el vino, Jesús emplea las palabras “carne” y “sangre”. Del Cuerpo dice “que será entregado” y de la Sangre “que será derramada”. Es una clarísima alusión a los sacrificios judíos, en los que la carne era ofrecida a Dios y la sangre era derramada. Con ello proclamaba Jesús que la Eucaristía que nos dejaba era verdadero sacrificio, como iba a ser al día siguiente el de la Cruz.

¿Por qué se quedó Jesús en la Eucaristía?... Él se iba a marchar al Cielo, y su Esposa la Iglesia se quedaría sola en la tierra. ¿Podían estar contentos el uno y la otra?... Nuestro clásico y místico franciscano **Fray Diego de Estella**, del siglo dieciséis, nos da la razón de una manera deliciosa. Prescindimos de sus palabras y vamos a su idea.

Un caballero tenía que ir a la guerra en tierras lejanas. A la esposa querida le deja como recuerdos, como signos de su amor y como prendas de su regreso seguro, vestidos elegantes, los mejores perfumes, las joyas más valiosas, un retrato hecho por el pintor mejor... Pero la esposa, ¡ni por esas!... Sigue triste, y no le contenta nada.

- Pero, amor, ¿qué más quieres?

- ¡Te quiero a ti! ¡Quédate tú!...

11. En el ara de la Cruz

Jesús vino al mundo para salvarlo con su propio sacrificio, que coronó su vida entera en la cima del Calvario, conforme a lo que intuyó y anunciara el profeta del Jordán: “Mirad ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Juan 1,29*)

Contemplando a Jesús colgado del madero entendemos la profecía patética de Isaías:

“No tenía ni aspecto que pudiéramos contemplar. Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro para no verle. Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que él soportaba. Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados. Todos nosotros éramos como ovejas errantes, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue arrancado de la tierra de los vivos, herido por las rebeldías de su pueblo. Indefenso se entregó a la muerte y fue contado con los malhechores, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes” (*Isaías 53,2-12*)

Así obró Jesús el misterio de la redención: con un sacrificio sangriento, entregando su cuerpo y derramando su sangre, satisfacía a Dios; y el pecado de la humanidad quedaba remitido y pagado para siempre.

12. Un solo Sacrificio

Por lo mismo, la Eucaristía sería en la Iglesia el mismo sacrificio del Cenáculo y del Calvario. La idea principal que tenemos que remarcar, y que debe quedar fija en nuestra mente de una manera clara, es que **NO HAY MAS QUE UN SOLO SACRIFICIO DE JESUCRISTO**: es el único del Calvario, adelantado en la Última Cena, y representado después en la Misa hasta el fin de los siglos.

La Biblia es diáfana y no admite otras interpretaciones, sino las que expresa ella misma con claridad meridiana. “Cristo no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día... Esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo... Penetró en el santuario con su sangre una vez para siempre, consiguiendo una liberación definitiva” (*Hebreos 7,27 y 9,12*). “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros... Haced esto en memoria mía. Esta es mi sangre, que por vosotros va a ser derramada” (*Lucas 22,19-20*). “Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (*1Corintios 11,26*)

Tenemos por lo tanto en la Iglesia el *único* sacrificio de Cristo, *hecho presente* muchas veces, pero el mismo sacrificio y no otro, hasta que el Señor vuelva al final de los tiempos.

Y hasta el final lo seguirá la Iglesia celebrando, por persecuciones que le vengan encima a causa de esta su fe en la Eucaristía. Al separarse Inglaterra de la Iglesia Católica, la persecución se cebó implacable contra los que celebraban la Misa o recibían la Comunión. **San Juan Ogilvie**, apenas llegó a Escocia, fue encarcelado por un crimen semejante y llevado al tribunal que lo condenaría a muerte.

- ¿No sabía usted que el rey ha prohibido celebrar la Misa en tierra escocesa?

- Sí, lo sé. Cristo, Rey del cielo y de la tierra, dijo: “Haced esto en memoria mía”, mientras que el rey de Escocia dice: “No debéis hacerlo”. Juzgad vosotros mismos a quién se debe más obediencia, a este rey o aquel otro.

13. Misa, Última Cena y Cruz

Por lo mismo, miremos la Eucaristía como el *Sacrificio* de Jesús, por el cual fuimos salvados. “La Eucaristía es un sacrificio porque *representa* el sacrificio de la cruz, porque es su *memorial* y *aplica* su fruto” (CCE, 1366)

Esto es lo que Jesús hizo en la Última Cena, cuyo relato más antiguo es el de San Pablo en la carta primera a los de Corinto: “El Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió, y dijo: ‘Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía’. Asimismo tomó el cáliz después de cenar, diciendo: ‘Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía’. Por eso, cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Corintios 11, 23-26)

Siendo esto así, podemos proponer estos puntos, según la doctrina que la Iglesia ha mantenido siempre:

- Sacrificio de la Cruz y sacrificio de la Eucaristía son un *único* sacrificio.
- La Víctima es la misma: Jesucristo, paciente en la Cruz, y ahora glorificado sobre el altar como está en el Cielo.
- Esto, de manera visible, tangible, porque lo podemos ver, tocar y gustar en los signos del pan y del vino.
- Se realiza la acción como “memoria”, tal como lo entendían los judíos con la palabra “zikkaron”, para los cuales el “memorial” era un hecho pasado, que se hace actual, presente, y que compromete a Dios a seguir salvando ahora a su pueblo como lo salvó entonces.
- “Representado”, es decir, “hecho de nuevo presente” muchas veces, hasta el fin de los tiempos. “Representar” no significa una “escenificación”, como puede hacerlo una película, o una escena acertada de teatro sobre el Evangelio, o un auto sacramental; sino que significa un “volver a presentar”, un “hacer de nuevo presente”, ya que se trata del hecho realizado en el Calvario **una sola vez** y para todos los siglos.

Por lo tanto, podemos realizar muchas celebraciones, pero no se repite el sacrificio **único** de Cristo; lo que hacemos es aprovecharnos *repetidamente* de la gracia que Jesucristo nos mereció en la Cruz.

14. Las otras confesiones cristianas

Sabemos que los cristianos ortodoxos de la Iglesia Oriental tienen la Eucaristía en todo igual que la Iglesia católica. Pero la Reforma protestante negó la presencia real del Cristo en la Eucaristía.

Lutero no sabía cómo escaparse de las palabras tan diáfanas del Evangelio y de Pablo: “Esto ES..., esto ES”. Y así, declaraba: “No hallo modo de evadirme. Porque son muy claras las palabras del Evangelio.

El texto es tan fuerte y expresivo, que no se puede con palabras arrancarle otro sentido”. Vino más tarde la confesión anglicana y aceptó la Cena sólo como *recuerdo* del Señor.

Pero una fiel protestante episcopaliana, Santa **Elisabeth Seton**, al considerar las palabras de San Pablo: “El que come este Pan indignamente se hace reo del Cuerpo del Señor”, se preguntó: *Si Cristo no está aquí presente, ¿cómo se hace reo de condenación el que come con sacrilegio este pan?*... Aquella viuda joven, madre de cinco hijos, se convirtió al Catolicismo y es la primera Santa de Estados Unidos canonizada.

15. Para el perdón de los pecados

Al ser Dios plenamente glorificado, porque Cristo con su obediencia reparó la soberbia del pecado del hombre, Dios nos devolvió su amistad y su gracia. El único Sacrificio del Calvario bastó para quitar todo el pecado del mundo. No hacía falta ningún sacrificio ulterior, porque sólo él bastaba para perdonar y reconciliar con Dios a todos los pecadores.

Este hecho lo han experimentado de modo especial los grandes convertidos, que nos suelen contar emocionados la relación estrecha que tiene la Misa con la Cruz y la influencia que la Eucaristía tuvo en su vuelta a Dios.

El alemán **Winfried Petri**, profesor de lenguas orientales y, después de su conversión, trabajador en las minas de Schiliersee, confesaba: “La experiencia directa de la Santa Misa a la cual asistí por primera vez en la fiesta del Corpus, fue decisiva para mí. No podrá destacarse nunca bastante el significado grandioso de la Santa Misa y la verdad del sacrificio que se realiza en ella. Esta experiencia constituye la piedra angular de toda conversión verdadera”.

16. Dios plenamente glorificado

A los tres días de la Cruz, Dios manifestaba con la Resurrección que había aceptado el sacrificio de semejante Víctima. Jesús entraba glorioso en el Cielo con un sacerdocio que permanecería para siempre, porque “para siempre está vivo intercediendo por nosotros” (*Hebreos 7,25*)

Ese su sacerdocio lo ejerce Jesús de modo muy especial en la Misa, y así nos lo expresa un hecho curioso. El escolapio **San Pompilio María Pirrotti**, célebre catequista y obrador de grandes prodigios, preguntó un domingo en la iglesia: *A ver, ¿qué vestido lleva Jesucristo en la Eucaristía y qué oficio desempeña en ella?*... Nadie respondía a pregunta tan extraña; pero el Santo adivinó lo que Jesucristo estaba inspirando a un niño, y prosiguió: *Ya le preguntaré a uno que no va a tener vergüenza en contestarme. Tú, Ángel, dínos lo que te está sugiriendo Jesús, que tanto nos ama. Y el pequeño contestó sin más: Jesucristo en la Sagrada Eucaristía está vestido de sacerdote; y su oficio es ofrecerse a Sí mismo al Eterno Padre para la redención del género humano.* Pasó el tiempo, y Ángel Calabresi, a sus ochenta años de edad, testimoniaba en el proceso de canonización aquel hecho tan singular.

17. En nuestros altares

La idea está clara. Jesús, como sumo y eterno Sacerdote, en la Última Cena adelantó sacramentalmente su sacrificio.

Con el mandato de repetir con sus mismos gestos lo que Él hacía, consagraba a los Apóstoles y sus sucesores como sacerdotes ministros suyos, dándoles el poder, con la fuerza del Espíritu Santo, de convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre.

De este modo, hacía Jesús que la Eucaristía fuese en la Iglesia el **único** Sacrificio suyo. Ese Sacrificio del que dijo Malaquías: *En todo lugar..., en todas las naciones, se ofrecerá a mi Nombre un sacrificio puro*. Aunque sin citarla, el Papa Juan Pablo II nos dio la interpretación autobiográfica más bella de esta profecía:

“Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowig, donde empecé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral de Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado en altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar incesantemente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación” (EDE, 8). Lo del Papa lo puede decir cualquier sacerdote...

Al hablarnos así el Papa, nos vienen a la mente historias muy bellas de misioneros que van roturando para la Fe tierras vírgenes. Como aquella del **Padre Agustín Gormaz**, llegado a México con la primera expedición de los Agustinos en 1544, que celebra la Navidad de una manera bien valiente: “Dijo la primera Misa en Chilapa, la segunda en Atlitaca, que dista de Chilapa seis leguas; la tercera la celebró a las doce del día, habiendo caminado quince leguas, y todo a pie, por la más áspera y fragosa tierra en todo el mundo”.

“Haced esto como memorial mío”..., encomendó Jesús el año 30 en Jerusalén a los Apóstoles. Y San Pablo encargaba en Éfeso a los de Corinto el año 57: “Hacedlo hasta que el Señor vuelva”... ¡Hay que ver como se han cumplido estas palabras de Jesús y de Pablo, dichas en lugares y fechas distintos y determinados! Y seguirían cumpliéndose hasta el final de los siglos, porque la Iglesia tiene para ofrecer a Dios, y ofrecerse a sí misma, el Sacrificio que le dejó su Esposo antes de partir para el Padre...

18. Por los sacerdotes ministros

Aunque ahora nos preguntamos: Si Jesús se subía al Cielo, ¿cómo iba a poder la Iglesia cumplir el mandato del Señor? La clave para entenderlo está en esas mismas palabras de su mandato: “Haced esto como memorial mío”. Con ellas, instituía el *ministerio sacerdotal*. Dentro del pueblo cristiano, que es “pueblo sacerdotal” por el Bautismo, el Espíritu Santo, dador de los carismas, escoge a algunos miembros para consagrarlos como *sacerdotes ministros*, a los que comunica el poder de consagrar el pan y el vino para convertirlos en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Un ejemplo nos ilustra esta doctrina sobre Jesucristo, Sacerdote principal, y el sacerdote ministro que sólo hace sus veces. El santo **Padre Mateo Crawley** estaba celebrando la Misa y atrás, de pie, apoyada la espalda en la pared, un señor indiferente y hostil observaba toda la ceremonia con desdén. No podía esperarse otra cosa de aquel masón. Pero, acabada la celebración, se dirige al Padre y le interroga algo intrigado: *¿Quién era aquel señor medio desnudo, que, cuando usted ha levantado esa copa le ha hecho a usted*

de lado, que ni se le veía, y se ha colocado él sobre la mesa mientras le caía sangre de una llaga en el costado derecho? Después se ha ido al beberse usted la copa y ya no le he visto más. El Padre Mateo sospecha, le explica al masón lo que es la Misa según la Iglesia, le muestra después la imagen del Crucificado, y el favorecido con la aparición de Jesucristo Sacerdote y Víctima, comenta: *Sí, así, tal como éste era el que yo he visto.* Ni que decir tiene, que el masón aceptaba después con generosidad la fe católica.

Los sacerdotes actúan en nombre y en la Persona misma de Jesucristo, que, como Sumo y único Sacerdote, se ofrece desde el Cielo en el altar igual que en el Calvario, a través del sacerdote que ha consagrado en su Iglesia.

19. El sacerdote, legado de la Iglesia

El Sacrificio de la Misa es de Jesús, del sacerdote ministro y de toda la Iglesia, especialmente de los asistentes. Lo dice así el Papa Pablo VI en el Credo del Pueblo de Dios:

“Nosotros creemos que la Misa, que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del Orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares”.

Entre tantos crímenes de la Revolución Francesa se dieron casos muy hermosos de muchos mártires, entre los cuales uno llamó poderosamente la atención. El Padre **Noël Punot** es sorprendido cuando iba a comenzar ocultamente la Misa y, vestido de los ornamentos sacerdotales, es llevado a la prisión.

El tribunal que lo sentenció a muerte, le pregunta: *¿Le gustaría subir al cadalso revestido con aquellos ornamentos que trajo a la cárcel?* Y el sacerdote, sintiéndose entonces ministro de Jesucristo más que nunca, responde: *No pueden otorgarme cosa que más me agrade.*

Revestido de sacerdote y con el cáliz en la mano, recorrió las calles y llegó al pie del patíbulo, cuyas escaleras subió sereno y feliz, repitiendo: *“¡Voy a acercarme al altar del Señor!”*, mientras los campesinos de Louroux, próximo a Angers, decían: *¡Ha comenzado su Misa!*

Junto con el sacerdote ministro —que, aunque no celebró la Misa, representó tan dignamente su sacerdocio—, llama la atención en este hecho la unión de los fieles con su pastor. El pueblo cristiano, el sacerdote ministro y Jesucristo el Señor, estaban íntimamente unidos en una misma oblación a Dios.

20. El Pueblo sacerdotal

El caso de este mártir nos lleva de nuevo a lo que el Papa Pablo VI nos ha enseñado en el Credo del Pueblo de Dios, a saber: que el sacerdote ofrece el sacrificio en nombre de Cristo “*y de los miembros de su Cuerpo místico*”. Esto es muy importante. Porque la Eucaristía no es solamente sacrificio de Cristo, ya que *es a la vez sacrificio de toda la Iglesia y de cada bautizado.*

Unidos a Jesucristo que se ofrece en el altar igual que en la Cruz, “la vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo”, como lo creyó la Iglesia desde el principio y nos lo asegura el arte cristiano:

“En las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, con los brazos extendidos en actitud orante. Como Cristo que extendió los brazos en la cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres” (CCE, 1368)

Podemos traer aquí la apremiante palabra de San Pablo: “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual” (Romanos 12,1)

Así lo entendía el Venerable Padre **Francisco Liebermann**: *¿Y cuál es la mejor manera de asistir a la Misa?* A lo cual respondió meditativo el santo sacerdote: *Sacrificándose, sacrificándose...*

21. María, modelo nuestro

Más que en ninguna otra parte, en el Calvario aparece María como imagen de la Iglesia en su peregrinación de la fe. Renunciando ante Dios a sus derechos maternales sobre la Víctima, y aceptando en todo la espada aquella que le profetizó Simeón, la vemos asociada plenamente al Redentor y unida a Jesucristo en el merecimiento de la Gracia a favor nuestro.

Nadie como María, en aquella primera Misa del Calvario, nos enseña a participar en el sacrificio de nuestros altares. Al vernos en la Misa como estaba Ella junto a la Cruz, y conocedora como nadie de Quién es ese Jesús que llevó en sus entrañas benditas, parece que la Virgen nos hablara:

- El Papa os ha dicho de mí: “La Santísima Virgen encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla en su relación con este santísimo Misterio. El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: ¡Salve, cuerpo verdadero nacido de María Virgen” (MND)

22. Misa y Comunión

No se entiende una Misa sin la participación plena con la Comunión, mientras se puede y se tienen las disposiciones debidas. ¿Qué debemos pensar?

La Iglesia nos impone como obligatoria sólo la Comunión anual, a ser posible en tiempo pascual; pero desea vivamente que todos los fieles recibamos el Cuerpo del Señor después de la comunión del sacerdote, en los domingos y días de fiesta, o con más frecuencia aún, **incluso todos los días** (CCE, 1388-1389)

Todos sabemos quién fue **Napoleón**, igual un opresor de la Iglesia con la prisión del Papa, que un energético defensor de la Religión. Entre tantas, una anécdota que no deja de ser aleccionadora. Examinó un día el reglamento del célebre Conservatorio de Ecoeu, en el que vio un párrafo que prescribía a los educandos la asistencia a la Misa todos los jueves y domingos. Pide una pluma, y él mismo corrige de su puño y letra: “Diariamente”.

23. Mirando a Caná

Volviendo los ojos a María, y teniendo bien presentes las palabras de Jesús: “Tomad y comed”... “Tomad y bebed”, nos vamos instintivamente a Caná, y oímos a la Virgen que nos dice, ahora más que nunca: “Haced lo que él os diga”.

Y nos lo dice precisamente cuando se trata de participar como invitados especiales en el banquete nupcial del Reino, el que Cristo ha preparado para celebrar su desposorio con la Iglesia, significado deliciosamente en aquella boda feliz, cuando todos vieron convertida el agua en el vino más generoso que han gustado los hombres... “El signo del agua convertida en vino en Caná manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo, convertido en Sangre de Cristo” (CCE, 1335)

En nuestra consideración sobre la Eucaristía vamos a pasar así del *Sacrificio* a la *Comunión*, para conocer y sentir cómo Jesús sigue hoy derramando sus dones con la misma opulencia que ayer.

24. LA COMUNION

¿Vale la pena comulgar?...

Si es usted una persona que recibe con frecuencia el Cuerpo del Señor en la Sagrada Comunión, es posible que se haya preguntado más de una vez:

- Comulgo, ¿y qué me ocurre? Yo no observo en mí cambio alguno.

Pero yo, a mi vez, me atrevo a replicarle:

- Usted se pone en la fila de los comulgantes. Al volver a la banca para la acción de gracias, ¿cree que es usted la misma persona? Es decir, ¿piensa que no se ha realizado nada importante en usted? O más bien, ¿no se ha transformado de tal manera que es un ser casi totalmente distinto?...

No lo dudemos. Una sola Comunión produce en nosotros cambios profundos, cuyos efectos podremos valorar sólo allá arriba, cuando contemplemos a Jesús cara a cara.

Ahora lo vamos a estudiar en esta exposición que tomamos del Catecismo de la Iglesia Católica, sacada toda de la Biblia y del príncipe de los Teólogos Santo Tomás de Aquino (CCE, 1391-1401). Doctrina, que veremos comprobada por la experiencia de muchos Santos.

Conoceremos los EFECTOS o FRUTOS que produce en nosotros la Comunión bien recibida, frecuente, diaria tal vez, y que podemos compendiar en diez puntos, como en un decálogo divino, de reflexión inagotable. Esto lo haremos no como una lección académica y fría, sino llena de un calor que brota del mismo Corazón de Cristo.

1. Unión con Cristo.
2. Alimento de la Gracia.
3. Avivamiento del fervor.
4. Alegría espiritual.
5. Victoria sobre el pecado.
6. Dominio de las pasiones.
7. Expiación de la pena temporal.
8. Resurrección gloriosa.
9. Formación de Iglesia.
10. Compromiso con los hermanos.

¿Muchos? ¿Extraordinarios?... El mismo Señor se los mostró con una imagen inolvidable a un alma escogida.

La Vizcondesa de Jorbalán, **Santa Micaela María del Santísimo Sacramento**, estando en oración tuvo una visión impresionante. Vio una gran fuente, en forma de surtidor, que lanzaba a lo alto chorros no de agua, sino de toda clase de joyas y piedras preciosas: perlas, diamantes, amatistas, zafiros, esmeral-

das... Y Dios le dio a entender que eran la gracia abundantísima, tan única, tan variada y múltiple, que Cristo suelta a torrentes y almacena en el arca de los que reciben la Comunión.

Jesucristo, cuando se llega a nosotros en la Comunión, no viene ciertamente con las manos vacías, sin o con todas sus riquezas. ¿Seremos generosos con nosotros mismos —dichosamente avaros y egoístas— e iremos a comulgar cada vez más y con ganas más crecientes?...

25. UNION CON CRISTO

No podemos concebir una unión más estrecha con Cristo que la que se da en la Comunión. Aquí tenemos la palabra del mismo Señor: “El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él” (*Juan 6,56*). “No se pueden decir palabras más profundas”, comentaba el encantador San Leopoldo Mandić, cuando conducía a todos sus penitentes hacia la Comunión. Al comulgar, Cristo se mete en nosotros y nos convierte en morada suya, pero, a su vez, nos introduce a nosotros en su vida divina y de dos corazones, el suyo y el de quien comulga, no hace más que uno solo, escondido en la vida íntima de Dios, porque, como primer efecto suyo, la Comunión acrecienta nuestra unión con Cristo el Señor.

Una comparación nos dice lo que sucede entre Cristo y nosotros por la Comunión. El cobre y el estaño son dos metales diferentes. Pero, si los fundimos en una aleación, se forma una pieza de bronce irrompible, en la que es imposible distinguir dónde queda el cobre y dónde el estaño. Ahí están los dos, pero ya no forman más que un solo cuerpo solidísimo. Así, más que en ningún otro Sacramento, Cristo se ha volcado sobre nosotros al recibirlo en la Comunión, nos ha asumido en Sí; y de la unión de Él y nosotros se forma un solo Cristo. ¡Vive en mí y yo en él!...

Cuando dos corazones se aman, tienden necesariamente a la unión. Es una fuerza irresistible y hasta una ley constatada e incuestionable. Los que se aman se buscan, se hablan, quieren permanecer juntos, se entregan y se fusionan el uno con el otro. Dios, que es amor y nos ha creado a su imagen y semejanza, nos ha hecho así y no seremos nosotros quienes cambiemos las cosas. El Dios que es amor —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, se da a Sí mismo en la intimidad de las Tres Divinas Personas, y ha querido que los hombres nos demos del mismo modo los unos a los otros. En la vida humana, esta unión llega a su cumbre suprema en la donación esponsal del varón y la mujer.

26. Jesús, como nosotros

¿Y Jesús? ¿Vivió exento de esta ley?... Nunca entenderemos a Jesucristo, si no tenemos fija esta idea fundamentalísima de nuestra fe: Jesús es **Hombre** verdadero, en todo igual que los hombres sus hermanos. Hombre perfecto, sin que le falte ni le sobre nada de nuestra naturaleza humana; aunque su Persona sea divina, porque es **Dios**. Jesús es Hombre verdadero como es Dios verdadero.

Ahora bien, si es hombre perfecto, sintió el amor, nuestra pasión más noble, igual que lo sentimos nosotros, y sujeto a las mismas leyes de nuestro amor. Por eso, aceptaba la confianza de Juan, las caricias de los niños, la familiaridad de los amigos de Betania, o los besos en sus pies y el perfume de la prostituta arrepentida.

27. Lo mismo ahora en el Cielo

Resucitado, no cambia de condición, y así lo vemos gozarse —sin que lo pueda disimular su aparente recriminación: “¡Déjame, que todavía no me voy!”— con la impertinencia de María de Magdala, que no le quiere soltar los pies (*Juan 20,17*)

En la Gloria sigue latiendo el Corazón de Cristo con amor auténticamente humano. Y, trascendiendo la vida de los sentidos, se da a su Esposa la Iglesia, peregrina en la Tierra, de un modo que a nadie se le hubiera ocurrido imaginar jamás. Para darse a cada uno de nosotros acude a la invención maravillosa de esconderse bajo las apariencias de pan y vino, mientras nos dice: “Tomad, comed y bebed: mi Cuerpo, mi Sangre... Este soy yo”. Entonces, sin miedo alguno, comemos y bebemos lo que parece pan y vino, y quedamos en comunión —en común-unión— con ese Jesús que tanto nos ama.

¿Por quién hace esto? Por nosotros, ciertamente, para comunicarnos su vida. Pero también, no lo dudemos, por Él mismo, por un egoísmo divino —¡bendito “egoísmo” el de Jesús!, y perdóneseme la expresión—, porque, verdadero amante, siente la necesidad de convertirse en UNO con cada uno de nosotros. El Papa León XIII, en la encíclica *Mirae Caritatis*, de Mayo de 1902, con la que abrió el siglo XX, dice que Jesucristo instituyó la Eucaristía “arrastrado por el impulso que sintió de realizar semejante unión con los hombres”.

La experiencia de un santo nos dice mejor que mil discursos lo que significa para Jesús esa ley universal del amor humano. El **Beato Fray Diego José de Cádiz**, misionero de fuego, está orando solito en la banca de la iglesia, cuando oye una voz imperiosa:

- ¡Acércate a mí!

El santo capuchino siente que la voz sale del Sagrario y se acerca al altar; aprieta su pecho contra el Tabernáculo, recuesta en él la cabeza y escucha estas palabras:

- Si yo, en fuerza de mi amor a los hombres, me quedé sacramentado con ellos en las iglesias y sagrarios materiales, y en ellos recibo con agrado los obsequios que me rinden, ¿con cuánto más gusto y complacencia no estaré en sus pechos por la Comunión? Entiéndelo así para tu enseñanza y predícalo a todos, a fin de que mi amor sea correspondido.

Fray Diego José, el apóstol de Andalucía, formuló entonces un propósito:

- No me daré un momento de reposo hasta que no vea a todo el mundo hincado en el comulgatorio.

“La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la Comunión da como fruto principal la unión íntima con Jesús” (*CCE*, 1391)

28. AUMENTO DE LA GRACIA

¿Qué es la GRACIA? Entendemos aquí por Gracia la vida de Dios que se nos ha comunicado y ha hecho de nosotros una nueva creación (*2Corintios 5,5*). Es la participación de

la vida de Dios, el cual, al dársenos Él mismo, nos ha hecho en Cristo hijos suyos y morada del “Espíritu Santo que ha derramado en nuestros corazones” (*Romanos 5,5*). “La gracia no es una cosa —nos dice el Catecismo alemán—. La gracia es Dios mismo en cuanto que se autocomunica a nosotros por Jesucristo en el Espíritu Santo... Gracia es comunión personal y amistad con Dios, participación personal en la vida de Dios”.

Jesucristo es el que está “lleno de gracia” y “por quien nos ha llegado la gracia” (*Juan 1,14 y 17*), ya que “en él habita la plenitud de la Divinidad corporalmente” (*Colosenses 2,9*) y, resucitado, es el dador del Espíritu que Él posee sin medida (*Juan 20,22*)

Al dársenos así, Jesucristo nos comunica esa cualidad divina que nos impregna por completo y nos hace ser una “nueva creación”, maravillosa e inimaginable, porque nos ha transformado radicalmente. Esto es la Gracia: Dios que se nos da y nos cambia totalmente en Sí.

Santa María Magdalena de Pazzis se hallaba todo aquel día como fuera de sí.

- Pero, ¿qué le pasa hoy?

Y ella, enajenada aún, sin reaccionar casi:

- ¿Qué puedo decirles? Después de la Comunión, metida totalmente en Dios, no sé si estaba viva o muerta, si en mi propio cuerpo o fuera de él, si en la tierra o en el Cielo. Yo no veía más que a Dios, transformada del todo en Él.

29. La Gracia creciente

Pero esta Gracia, ¿es igual en todos? ¿Todos poseemos en la misma intensidad y en la misma medida esa vida de Dios? Indiscutiblemente que no, y aquí radica la diferencia entre unos cristianos y otros, entre unos santos y otros. Siendo la misma en todos, la Gracia es muy diferente según la medida con que la vivimos y la hacemos crecer cada uno de nosotros. No es lo mismo una bujía de 60 watios que otra de 100 o un foco de 500 y más. La vida divina en nosotros, como toda vida, tiene que desarrollarse hasta conseguir su plenitud.

Esto depende, ante todo, del don gratuito de Dios, que reparte sus dones como Él quiere. Y depende después de nosotros, que respondemos con mayor o menor generosidad a la gracia recibida. Y aquí radica también el **mérito** ante Dios, el cual dará a cada uno según sus obras (*Romanos 2,6*). De este modo, la Gracia se convierte en la medida de la felicidad en la Gloria futura.

El santo **Cardenal Newman**, convertido del protestantismo, lo expresó con una frase muy acertada: “Grace is glory in exile; Glory is grace at home”: la Gracia es la Gloria aquí en la Tierra; la Gloria será la Gracia allá en el Cielo.

De ahí se ve el esfuerzo que hemos de poner en acrecentar, por nuestra parte, esa Gracia recibida de Dios y que Él sigue regalándonos continuamente.

Mientras vivimos en Gracia, todas nuestras obras que arrancan de la fe, del amor, con la esperanza de la gloria futura y hechas bajo el impulso del Espíritu, aumentan en nosotros la vida divina, hasta las acciones más ordinarias, como escribe San Pablo: “En cualquier caso, ya coman, beban o hagan otra cosa cualquiera, háganlo todo para gloria de Dios” (*1Corintios* 10,31). Bajo el impulso del Espíritu Santo y haciendo todas nuestras obras con amor, podemos merecer continuas gracias para nuestra santificación, acrecentando ese mismo amor y esa misma gracia, que nos merecen la vida eterna (*CCE*, 2010)

30. Crecimiento y Comunión

Todo esto es cierto; pero hay actos que superan con mucho a otros para crecer en la Gracia, como son la oración, la práctica eficiente de la caridad, la penitencia y los sacrificios voluntarios en unión de Jesucristo por la salvación del mundo. Esto vale más que comer y beber con buen apetito, aunque sea en Gracia de Dios... Sabemos muy bien que los Sacramentos son las fuentes más abundosas de la Gracia.

Todo empero, incluidos los otros Sacramentos, queda superado por la Sagrada Eucaristía, instituida por Jesucristo para alimento normal de la Gracia, como dice ponderativamente el mismo Jesús: “Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros”. Porque “mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (*Juan* 6, 53 y 55). La Comunión es, por lo mismo, el alimento ordinario, específico y más nutritivo de la Gracia.

El Catecismo sintetiza luminosamente esta doctrina: “Lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de una manera admirable en nuestra vida espiritual. La comunión con la carne de Cristo resucitado, ‘vivificada por el Espíritu Santo y vivificante’, conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación, hasta el momento de la muerte, cuando nos sea dada como viático” (*CCE*, 1932)

Emociona casi esta alusión a nuestra última Comunión, gracia que ojalá todos podamos disfrutar. Pero creemos que esa Comunión postrera deberá ser la culminación de las innumerables comuniones que habremos recibido durante la vida.

31. La palabra de Jesús

Al hablarnos del Pan de Vida, Jesús nos lo declara con unas profundas palabras, lo más granado del Evangelio: “Así como el Padre que me envió tiene la vida, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí” (*Juan* 6,57). Lo cual podríamos expresarlo de la siguiente manera.

El Padre es la fuente inmensa, infinita, de la vida de Dios. Es un mar sin riberas.

Esa vida, por generación, la transmite a su Hijo, el Verbo. Padre e Hijo tienen la misma vida.

El Hijo, al encarnarse en el seno de María, trasvasa toda la vida divina a su naturaleza humana, al Hombre Jesús, “en el cual habita la plenitud de la Divinidad corporalmente”, escribe San Pablo (*Colosenses 2,9*)

Y ahora Jesús, Dios y hombre verdadero, bajo las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, viene a los que comulgamos con toda la riqueza de su vida divina y nos llena a rebosar.

Entonces, nos preguntamos: ¿Cuánta de esa vida de Dios se nos comunica al comulgar? Y la respuesta es sencilla: Jesús nos llena de tanta Gracia cuanto somos capaces de recibir. Depende de la santidad de cada uno y de la preparación que lleva.

Una simple comparación ilustra esta doctrina. Si somos un vasito, la Gracia que trae Jesús llena el vasito hasta el borde; si somos una jarra, la jarra queda llena; si un cubo, nos quedamos colmados con mucha más Gracia; pero si somos como tanque cisterna, entonces nuestra capacidad para recibir Gracia en la Comunión es inmensa.

32. La preparación y la acción de gracias.

¿Qué se sigue de todo esto?... Que cuanto mayor es la disposición, mayor es la Gracia producida por la Comunión. De ahí la recomendación del Papa **San Pío X**, cuando el famoso decreto con el que abría el Sagrario cada día:

“Aunque los Sacramentos producen su efecto por sí mismos —“*automáticamente*”, *diríamos hoy*— lo causan sin embargo más abundante cuanto mejores son las disposiciones de quienes los reciben. Por eso, se ha de procurar que a la Sagrada Comunión le preceda una cuidadosa **preparación** y le siga una conveniente **acción de gracias**, según las fuerzas, condición y deberes de cada uno”.

Una Misa participada comunitariamente y con entusiasmo, es una excelente preparación para comulgar. Y ayudan ciertamente mucho las oraciones clásicas que se hallan en los misales de los fieles.

Pero no hay preparación que se pueda comparar con el hambre y el deseo ardiente de recibir al Señor, junto con el propósito firme de no perder por nada una sola Comunión. Ni existe acción de gracias mejor que conformar después la vida con el Sacramento que se ha recibido.

33. La poscomunión

La oración del Misal llamada “poscomunión” suele expresar esta idea de modo maravilloso. Citamos como ejemplo las poscomuniones de los dos primeros Domingos de Cuaresma.

“El Pan del Cielo que nos has dado, oh Padre, alimente nuestra fe, acreciente nuestra esperanza, robustezca nuestra caridad, y nos enseñe a tener hambre de Cristo, pan vivo y verdadero, y a nutrirnos con toda palabra que sale de tu boca”.

¡Qué jornada tan maravillosa si se vive este programa!...

“Oh Dios, que nos alimentas en esta vida con el Pan del Cielo, prenda de tu gloria; haz que manifestemos con nuestras obras la realidad que está presente en el Sacramento que celebramos”.

En otras palabras: Que todo el día manifestemos con nuestro proceder al Jesucristo que hemos recibido...

34. ¡Una Comunión más!...

Trayendo de nuevo, para acabar este punto, las palabras de Newman: “la Gracia de aquí será la Gloria de allá; la Gloria de allá será la Gracia de aquí”, podemos deducir lo que significa una sola Comunión. Una sola menos, es una grande pérdida; una sola más, es una ganancia inimaginable.

Lacordaire, el orador católico más grande del siglo XIX, se hallaba en Soirée y hubo de ir a París. Quisieron detenerlo el domingo para llevarlo a la Academia, pero no hubo manera de vencerlo, porque, si no regresaba, algunos fieles se quedarían sin comulgar por no poder confesarse. Y dijo: *Hay penitentes que me esperan. No puede calcularse el efecto de una Comunión menos en la vida de un cristiano.*

Afirmemos pues, para alegría de los que comulgan, que los multimillonarios de la Gloria serán los que hayan comido con apetito este Pan del Cielo —hasta hartarse felizmente— por medio de la Comunión frecuente y aun diaria.

Nota importante. La Iglesia actualmente nos permite DOS Comuniones al día, conforme al canon 917 del Código del Derecho Canónico: con tal que la segunda Comunión se reciba dentro de una Misa que se participa entera. No basta llegar tarde y ponerse sin más en el comulgatorio. Antes era un *privilegio* para algunas Misas; pero ahora ya es *ley* el poder comulgar con plena libertad esas dos veces.

35. Los Doctores y los Santos

La Gracia del Bautismo se nos da como en germen, como una semilla que debe desarrollarse. Y la Eucaristía es el verdadero alimento proporcionado a la Gracia. Por eso Jesús se nos dio en forma de pan y de vino, como verdadera comida y bebida. Así lo canta la Liturgia de la Iglesia en una antífona muy repetida: “¡Oh convite sagrado, en el cual es comido el mismo Cristo... y el alma se llena de gracia”. Los Santos y los Doctores nos lo enseñan con palabras y ejemplos admirables.

Tertuliano, ya en el siglo segundo, lo expresaba con su clásico vigor: “La carne nuestra se come y bebe el Cuerpo y la Sangre de Cristo para que el alma quede henchida —*saginetur*, se engorde, así, como suena—, con la vida misma de Dios”.

San Agustín lanzaba un llamamiento ardiente: “El que quiera vivir tiene dónde vivir, tiene de dónde beber. ¡Que se acerque! ¡Que crea! ¡Que se incorpore a Cristo para ser vivificado!”... Aunque, comparando los efectos del alimento material con los de este alimento sobrenatural, hace ver la enorme diferencia que existe entre ambos, y pone en labios de Cristo estas palabras sublimes: “Yo soy el pan de los grandes. ¡Cree y cómeme! Pero no

serás tú quien me conviertas a mí en ti —*como haces con el otro pan*—, sino que seré yo quien te convertiré a ti en mí”.

Con una súplica ferviente, **San Antonio María Claret** expresaba esta realidad mística enseñada por Agustín: “Padre mío, tomad este mi pobre corazón, comedlo así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos. Con las palabras de la consagración, la sustancia del pan y el vino se convierte en la sustancia de vuestro Cuerpo y Sangre. ¡Ah, Señor omnipotente! Consagradme, hablad sobre mí, y convertidme todo en Vos”.

36. Alimento imprescindible

La vida de la gracia, como toda vida, debe alimentarse para que no muera. Y la Gracia, por ser del todo sobrenatural, debía contar con un alimento proporcionado a su naturaleza. Pero, ¿dónde encontrarlo? En sus catequesis al pueblo, decía **San Juan Bautista Vianney**: “Cuando Dios quiso dar alimento a nuestra alma para sostenerla en su peregrinación por este mundo, paseó su mirada por todas las cosas creadas y no encontró nada digno de ella. Entonces se reconcentró en sí mismo y resolvió entregarse”. El alimento tiene que ser del todo celestial, y, por lo mismo, o se come el Pan bajado del Cielo, o es imposible tener la vida que nos viene de Dios.

En el orden de la gracia está ocurriendo lo mismo que en el orden de la naturaleza y el social. Hoy nos amenazan muchas enfermedades, que causan estragos enormes: los paros cardíacos, el cáncer, la tuberculosis en muchos países, el sida incipiente pero devastador... Sin embargo, sobre todas esas enfermedades se cierne una que es la peor de todas y la que causa, sin exageración, el mayor exterminio de vidas humanas: es la enfermedad del *hambre*. Las estadísticas de la Organización Mundial para la Salud resultan aterradoras. Son por lo menos dos mil millones de seres humanos los que viven subalimentados, y no bajan de sesenta millones los que cada año mueren de hambre. Para vivir con normalidad, se necesitan de 2.600 a 3.000 calorías diarias, y en la India o en el África negra se consumen hasta mil menos diariamente, y casi todas de origen vegetal, sin las imprescindibles proteínas. La mortandad en esos países produce escalofríos, igual que en algunos sectores más abandonados de nuestra América Latina.

Esta realidad no es más que una semejanza de lo que todos entendemos en el orden de la Gracia. Hay muchos cristianos hambrientos, subalimentados, porque no comen lo bastante o ingieren alimentos muy deficientes. No comulgan, y se cumple en ellos la triste y dura palabra de Jesús: “Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre no tendréis vida en vosotros” (*Juan 6,53*). Otros muchos comen, sí, pero alimentos con muy poca sustancia: oraciones y devocioncitas, que están bien... a falta de otra cosa, pero que nada pesan al lado de una sola Comunión.

Estos cristianos, aunque no lleguen a morir, se quedan enanos, no crecen nunca, y forman en la Iglesia una tribu de pigmeos... Son la oposición más radical a los cristianos robustos y lozanos, que, al comulgar, se hacen “un solo cuerpo y una sola sangre con Cristo”, como dice San Cirilo de Jerusalén, y ofrecen una estampa que parecen el mismo Jesucristo, con cuya imagen se han configurado.

San Agustín expresa todo esto con su genialidad característica: “Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios. Para que el hombre llegase a comer el pan de los Ángeles, el Señor de los Ángeles se hizo hombre”. Y ese Pan de los Ángeles, Jesús, el Hombre-Dios, toma la forma de pan para que lo comamos sin miedo, como canta Santo Tomás de Aquino: “El pan de los ángeles se hace pan de los hombres... Pan que se comen, ¡pasmaos!, el pobre, el esclavo, el hombre más humilde”.

37. AVIVAMIENTO DEL FERVOR

Entendernos por FERVOR la **presteza** en el servicio de Dios, manifestada en ardorosos actos de amor, en fidelidad para cumplir los propios deberes y en obras eficaces de entrega a los hermanos. Y así, no hay que confundir el fervor con el sentimentalismo o gusto sensible, que igual puede experimentarse como brillar por su ausencia.

Muchas veces puede aburrirnos y hastiarnos sensiblemente todo lo que signifique oración o trabajo por Dios, y, sin embargo, se puede tener mucho fervor, que es **decisión** de la voluntad y firmeza en el cumplimiento del deber cristiano. El fervor, por eso, va siempre de la mano con el AMOR, que se manifiesta por las obras y no por palabras bonitas y dulzonas...

La tibieza o desgana en el servicio del Señor es un patrimonio desgraciado que llevamos muchas veces encima. Tibios: ni fríos ni calientes. Grises: ni blancos ni negros. Flojos: ni valientes ni derrotados. Medianos: ni grandes ni pequeños... Podría seguir la lista de cristianos así, que dan hastío al mismo Dios: “Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero, porque eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (*Apocalipsis* 3,15-16)

Lo peor es que la tibieza parece no tener remedio, porque, al no enfrentarnos con Dios, no nos da miedo; sencillamente, nos hace indiferentes, y esto resulta fatal.

38. Comunión y fervor

Por fortuna, tenemos un remedio infalible en la Comunión bien recibida, porque la Comunión nos comunica el amor infinito de Cristo, ese amor que le hacía a Jesús estar dispuesto a cumplir siempre la voluntad del Padre, aunque fuese con todas las repugnancias y miedos de Getsemaní.

Una ley física muy elemental nos enseña que cuando un cuerpo frío se pone en contacto con otro caliente, el calor del caliente va pasando al frío, hasta que los dos cuerpos se igualan en la temperatura. - Apliquemos esto a la Comunión, que derrama en nuestro frío corazón el calor ardentísimo del Corazón de Cristo. Él nos comunica todo su amor, y aunque nunca llegaremos nosotros a igualarlo porque es infinito, pero nuestro corazón irá creciendo siempre en el amor divino, que ya no pasará nunca (*1Corintios* 13,13). Los

icebergs, esas montañas flotantes en el mar del Norte, que tantas embarcaciones han echado a pique, como el famoso Titanic, se derretirían en muy poco rato si pudiéramos meter en sus entrañas uno de esos volcanes tan imponentes como el Vesubio o el Etna, o los tan conocidos de nuestra Centroamérica.

39. Experiencias cristianas

La Comunión actualiza y aviva en nosotros, más que ningún otro Sacramento o devoción, esa mística cristiana de que nos habla repetidamente San Pablo: que Cristo y nosotros no somos más que UNO. “Cristo habita por la fe en vuestros corazones” (*Efesios* 3,17), de modo que “mi vivir es Cristo” (*Filipenses* 1,21), hasta que podemos decir: “Vivo yo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo el que vive en mí” (*Gálatas* 2,20). Así las cosas, es imposible la tibieza o flojedad en el que recibe bien y con frecuencia la Comunión. ¿Quién no amaré a Cristo, cuando Cristo entero se inserta en él? ¿Quién, al recibir a Cristo que es fuego, no va a arder?

Un ejemplo nos ilustrará este punto. **San Antonio María Claret**, Arzobispo y Confesor en Madrid de la Reina Isabel II, era el hombre más calumniado y perseguido de España, hasta límites que hoy nos resultan casi increíbles. Pues bien, estaba un día orando en el palacio de La Granja ante el Santísimo, cuando el Señor le comunica que le concede la gracia extraordinaria de conservar en su pecho las Especies Sacramentales, sin corromperse, desde una Comunión a otra; de modo que lo convierten en un sagrario viviente. Dudó el Santo y pensó que aquello era una ilusión. Hubo de venir una nueva aparición de la Virgen para decirle que sí, que aquello era una gracia que Ella le había conseguido de su Hijo Jesús... ¿Qué hace Claret? No se engolosina. No se quiere dedicar en adelante a una contemplación extática. Sin importarle nada tanta persecución y calumnia, estampa en sus escritos, al narrar esta gracia prodigiosa, una sola resolución: “Por lo mismo, he de hacer frente a todos los males de España”.

Nuestra Comunión nos animará también a realizar todos los deberes cristianos, por duros que nos resulten: la oración, la caridad, el apostolado a veces faatigoso e ingrato..., que no serían sino una obra de ese Cristo al que llevamos dentro de nuestro corazón.

40. LA ALEGRÍA

Una alegría espiritual, desde luego. No la alegría loca de una discoteca o de una fiesta profana, en las que no le queda a Dios ni un resquicio por dónde entrar... Aquí, lo de Jesús en el Evangelio: “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo” (*Juan* 14,27). “Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado” (*Juan* 15,11)

Este gozo, esta alegría, es un efecto natural de la Comunión. Si ésta nos llena de amor, como acabamos de ver, el amor hace a uno feliz y “enseña a cantar”, como dice San Agustín.

Esto se ha vivido siempre en la Iglesia. La recepción de la Comunión dentro de la Misa, en su forma más genuina, se hace *cantando* procesionalmente; cantando es la acción de gracias, y nos despedimos cantando también. Aunque siempre se recomendará además —a

fin de extraer de la Comunión un fruto más eficaz—, la acción de gracias silenciosa e íntima, dejándose invadir profundamente por Cristo, para renovarnos en la vida con este Sacramento, que nos ha llenado de su sabor.

Hemos de buscar la alegría de la Comunión sobre todo en los momentos de angustia, de preocupación, de fracaso, y aun de pecado; con tal que nos lo echemos antes de encima con el dolor sincero. Así lo dice aquel precioso cantar de Comunión:

Venid a mí, que a todos se os convida.
Venid, que yo el Cielo os adquiriré.
Yo soy la vía, la verdad, la vida.
Venid, venid, a mí.
Los que sufrís en este mar de penas,
los que lloráis al peso del dolor:
venid a mí, yo rompo las cadenas;
amigo soy del pobre pecador.

Es un eco notorio de la invitación del mismo Jesús: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviare” (*Mateo* 11,28). Jesús es el amigo que nunca falla, con el que nos sentimos felices en todo momento, y el mismo que recibimos en la Comunión; por eso la tristeza no tiene cabida en quien comulga siempre.

41. VICTORIA SOBRE EL PECADO

Sabemos que el **único** estorbo para nuestra salvación es el **pecado**. Dios ha prometido darnos la salvación a la que hemos sido predestinados, y su plan se cumplirá inexorablemente, porque Dios es EL FIEL y no puede fallar.

Por parte de Dios está hecho todo. Pero lo malo es que nosotros podemos fallar a Dios, porque somos **libres** en aceptar o rechazar su plan amoroso.

Aunque Dios me alargue la mano ofreciéndome la salvación, si yo no le extiendo la mía para recibirla, yo no me salvo. El don gratuito de Dios exige respuesta mía. Y mi negativa, mi rechazo de Dios, eso es lo que constituye el pecado.

42. La Comunión ante el pecado

¿Tendremos, pues, miedo de nuestra salvación? No, de ninguna manera mientras nos mantengamos fieles a la Comunión, porque la palabra de Jesús es contundente: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna” (*Juan* 6, 54). Y la vida eterna es esa vida de Dios de que hemos hablado antes: la Gracia, la cual es incompatible con el pecado y está destinada a convertirse en Gloria eterna. Comulgar bien y vivir en pecado resulta un imposible.

El Papa **San Pío X**, en el decreto ya citado, dice textualmente que con la Comunión frecuente o diaria, al cristiano “se le da una prenda muchísimo más segura de su salvación”,

y es así porque “la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de nuestros pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados”, tal como pensaba el Padre y Doctor de la Iglesia San Ambrosio: “Yo que pecco siempre, debo tener siempre un remedio” (*CCE*, 1393)

Se supone, naturalmente, que se comulga en gracia de Dios; porque comulgar con conciencia de pecado mortal es un sacrilegio que lleva al que así comulga, como asegura San Pablo, a tragarse su propia condenación (*ICorintios* 11,27-29)

El **Beato José Anchieta**, nos cuenta lo que eran aquellos indios de la primera misión de los Jesuitas en Brasil: “Los que comulgan, derraman muchas lágrimas cuando lo hacen. Y en esto de la Comunión hay algunos pormenores edificantes. Porque si acaece decirles alguna persona que tomen venganza de otro, responden: Soy de Comunión. No tengo de hacer eso”.

Esto es una manifestación clara de dos efectos tan propios de la Comunión: la alegría que lleva la felicidad hasta las lágrimas; y, embriagados con el amor de Dios, la incapacidad casi de caer lastimosamente en el pecado.

Pero, ¿por qué la Comunión es tan eficaz contra el pecado? La respuesta nos la damos al saber que “por la misma caridad que enciende en nosotros, la Eucaristía nos preserva de futuros pecados mortales. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progreseemos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado mortal” (*CCE*, 1395)

El demonio, que pecó contra el amor y permanece obstinado en el odio, no puede nada contra aquel que en la Eucaristía se llena del amor de Cristo. **San Juan Crisóstomo** lo expresaba con una Imagen muy suya: “Levantémonos de la mesa de la Comunión como leones que echan fuego por la boca, convertidos en terribles contra el mismo diablo”.

Nuestro clásico Lope de Vega, en el auto sacramental EL PASTOR LOBO, nos presenta al demonio hecho una furia cuando se encuentra con la Custodia, ante la que ha perdido al alma que ya tenía ganada para el infierno, y le oímos expresar toda su desesperación:

¡Que en la mesa de la Iglesia
quiera darse en Pan de Vida
el Pastor a la cordera!...
Rabio, enfurézcame, muero;
¡y ojalá morir pudiera!,
pero no puedo morir,
que a vivir Dios me condena
eternamente como Él.
¡Oh Pan, que más me atormentas
que la Cruz! Que al fin la Cruz
a Dios la vida le cuesta,
que me venga de algún modo
por sus dolores y afrentas.
Apenas puedo mirarle,

que, con ser mi pena eterna,
para tantas penas mías
parece que faltan penas.

Así es. La Comunión, como nos dice el Concilio de Trento y el Papa San Pío X, nos previene contra el pecado mortal y es antídoto y medicina contra las faltas veniales que nos atosigan.

43. Los miedos infundados

Por eso, no entendemos a las personas que se retraen de comulgar debido a miedos infundados. Sólo el pecado mortal y actual, nunca confesado, nos impide recibir al Señor. Pero esas faltas ordinarias de cada día no son estorbo para comulgar. Al contrario, debemos comulgar para vencer. El motivo que nos lleva a comulgar no es porque seamos santos, sino que comulgamos porque *queremos ser santos*, aunque seamos unos pecadores.

Una historieta, a modo de comparación curiosa. El rey de Prusia Federico II recibía por la mañana a su médico, que tenía que ir cada día a ver cómo estaba Su Majestad, al que encontraba siempre sano como una manzana. El rey, por entretenimiento, se pasaba en charla animada hasta una hora con su médico, que perdía inútilmente el tiempo con aquella visita obligada. Un día como siempre fue a palacio, y el chambelán avisa al rey: *Está vuestro médico. ¿Le hago pasar?* Federico entonces, malhumorado: *Mire, dígame que hoy no lo puedo recibir, porque me encuentro enfermo...*

Es la realidad de muchos, que van a Cristo cuando se encuentran llenos de entusiasmo y se sienten santos casi como un Padre Pío o una Madre Teresa. Pero le tienen miedo al verse tentados y sumidos en faltas mil. Olvidan las palabras más ricas de Jesús, dirigidas a los fariseos que se enfurecen contra él, porque lo ven en la mesa rodeado de pecadores y gente de mal vivir: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Mateo 9,12-13*)

44. DOMINIO DE LAS PASIONES

¿Qué son las pasiones? Pues, un auténtico regalo de Dios. El amor, el odio, la ira, el temor, el deseo, etc., los llevamos en nosotros como parte integrante de nuestro ser. Jesús, hombre verdadero, las poseyó en grado eminente y las vivió también como nadie, siempre por obrar el bien. Las pasiones, buenas en sí como toda obra del Creador, se desordenaron con el pecado original y ellas son las que nos arrastran ahora al pecado personal: “Cada uno es incitado a pecar por su propia pasión, que lo arrastra y seduce” (*Santiago 1,14*). San Pablo nos describe patéticamente la lucha que se entabla en el hombre cuando se deja arrastrar por las pasiones desordenadas contra los clamores apremiantes del Espíritu (*Gálatas 5,16-25; Romanos 7,18-23*)

En la lucha contra este desorden, la Comunión juega un papel decisivo. La carne santa, pura y fuerte de Jesucristo hace santa a nuestra naturaleza caída, como lo expresa un comentarista bíblico: “La Eucaristía es la medicina contra todas las enfermedades y

dolencias de cuerpo y alma. ¿Te domina la soberbia? Cómete la Eucaristía, esto es, a Cristo que se humilló hasta hacerse carne, más todavía, a hacerse forma de pan, y este pan humilde te hará humilde a ti también. ¿Te ves tentado por la lujuria? Bébete el vino que engendra vírgenes. ¿Sufres de ira y de impaciencias? Recibe a Cristo crucificado y pacientísimo, el cual te comunicará su paciencia inagotable” (*Cornelio Alápide*)

Un médico moderno, muerto en Nápoles en 1927, **San José Moscati**, recibe en consulta a un joven al que se le hace muy cuesta arriba la castidad. Cree el muchacho que está enfermo, pero el Doctor, al revés, ve en él una naturaleza bien rica, y le extiende la receta: *Tratamiento con buenas dosis de Comunión frecuente.*

45. La Comunión exige esfuerzo

La Comunión, sin embargo, nunca nos eximirá de la lucha ni nos dará licencia para permanecer tibios. **San Juan Bautista Vianney**, gran apóstol de la Comunión frecuente, se encara con una señora de Lyon: *-Entonces, ¿no quiere usted convertirse? Comulga usted y no reforma su vida. Es usted siempre la misma, violenta, impulsiva.* Ésta era la respuesta del Santo: “No hay absolución ni Comunión que puedan suplir el esfuerzo personal contra nosotros mismos”. Cuando hay lucha, al fin triunfa el esfuerzo; y los que seríamos malos de veras, notamos cómo la Comunión es el freno que detiene el acelerador desbocado.

Puede ocurrirnos como a aquel militar francés —dicen que se llamaba Marceau—, Comandante de Marina, ante el que temblaba toda la tripulación cuando salía a relucir su carácter violento. Y un día se le enfrenta valiente un subalterno:

- ¿De qué le sirve la Comunión, que usted recibe siempre de manos del Capellán?
- ¡Pues, déle gracias a mi Comunión de cada día! Porque, si no hubiera sido por ella, hace tiempo que usted estaría en el fondo del mar.

46. EXPIACION DE LA PENA TEMPORAL

Todos entendemos lo que significa el Purgatorio. Al morir, ¿nos hallaremos sin ninguna mancha, ni la más pequeña, para presentarnos sin más ante Dios? Con una ligerísima culpa, jamás entraríamos en la Gloria, porque “nada manchado entrará en ella” (*Apocalipsis 21,27*). El pecado mortal lleva a la condenación eterna del infierno, mientras que las faltas veniales y los residuos de los pecados mortales, no satisfechos debidamente en el mundo, no nos privan del Cielo, pero tampoco nos permiten entrar en él si antes no son eliminadas por esa función que realiza el Purgatorio.

Tememos el Purgatorio, y con razón. Por eso rogamos por nuestros difuntos. Por eso nos preocupa si se acordarán o no de rezar por nosotros, cuando hayamos muerto. Pero no hemos de olvidar que, mejor que las Misas de *después*, son mucho más provechosas las Misas de *ahora*. La Misa es el mismo sacrificio del Calvario que satisface a Dios por nuestros pecados, y la Comunión que recibimos en ella es animación del fervor, incendio del amor, y, por lo mismo, extinción del pecado. **Santa Teresita de Lisieux** no temía el Purgatorio porque —decía ella— su purgatorio era el amor. Misa y Comunión frecuente y hasta diaria nos brinda la *liquidación total* —o indulgencia plenísima en la presencia de

Dios—, de todas las cuentas que debemos.

Notemos algo importante. La Iglesia tiene concedidas muchas indulgencias a tantas obras buenas que hacemos u oraciones que rezamos. La única obra que no tiene concedida ninguna indulgencia es precisamente la más importante de todas nuestras acciones: ¡La Misa y la Comunión! Es natural, y resultaría hasta ridículo el que la tuviera. Porque sería como regalar un centavo al que acaba de recibir un millón de dólares...

47. RESURRECCION GLORIOSA

En el paraíso oyó Adán la sentencia estremecedora: “Morirás irremisiblemente” (*Génesis 2,17*). Y la ley subsiste: “Está determinado que los hombres mueran una sola vez y, después, el juicio” (*Hebreos 9,27*). Lo cual nos crea el interrogante más angustioso: ¿Me salvaré? ¿Me condenaré?... Y buscamos soluciones. Pero no soñemos en ninguna mejor ni más segura que la Comunión. Jesús es categórico: “Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre no tendréis vida en vosotros”. Pero añade y puntualiza: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (*Juan 6,53-54*). Y Jesús lo cumplirá, porque tiene palabra más que de hombre, más que de honor militar: tiene palabra de Dios.

La fe de la Iglesia ha sido en esto constante. **San Ireneo**, Padre Apostólico, escribía en aquellos primeros tiempos: “Vuestros cuerpos ya no son mortales, aunque hayan de morir, porque tienen la esperanza de una resurrección gloriosa”. **San Ambrosio** añadía por su parte: “¿Cómo podría morir aquel que por alimento tiene la Vida?”. Y la **Liturgia** de la Iglesia: “¡Oh sagrado convite, en el que se nos da la prenda de la gloria futura!”.

48. FORMACION DE IGLESIA

“La Eucaristía hace la Iglesia. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia” (*CCE, 1396*)

Conocemos la razón que da San Pablo. Por el Bautismo fuimos llamados a formar un solo cuerpo, y por la Eucaristía se actualiza siempre y se realiza esta unidad del Cuerpo Místico de Cristo, porque, al comer el Pan de la Eucaristía, “aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan” (*1Corintios 10,17*)

La renovación de la Iglesia empieza por la Eucaristía. El Papa **Pío XII**, cuando canonizó a San Pío X, recordó a los sacerdotes que su tarea capital era fomentar la Comunión entre los fieles: el sacerdote “debe hacerse distribuidor de la Eucaristía una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de ella. Su obra no será sacerdotal si él mismo, aun llevado del celo de las almas, pone en segundo lugar su vocación eucarística. Por lo tanto, oriente hacia el sol eucarístico toda su actividad y su apostolado”.

Y **Puebla**, para nuestra América Latina, nos advierte: “El ser y el obrar del sacerdote, en la identidad de su servicio, está referido a la Eucaristía, raíz y quicio de toda la comunidad, centro de la vida sacramental, hacia la cual lleva la Palabra. Por eso, se puede decir que donde hay Eucaristía hay Iglesia” (*Puebla*, 3238)

Esto, está dicho tanto para el sacerdote como para cualquier apóstol laico. O llevamos a todos al comulgatorio en unidad de Iglesia, o perdemos el tiempo. Porque los evangelizados han de llegar al encuentro personal con Cristo y formar Iglesia. Lo demás sería inútil.

Una vez más San **Juan B. Vianney**. En su pueblecito de Ars se encontró con lo que cabía esperar en aquel tiempo calamitoso del jansenismo: que no se comulgaba. Le costó que todos recibieran al Señor, pero lo consiguió. Un día se le presenta en el confesionario una muchacha de otro pueblo próximo.

- Hija mía, en adelante vas a comulgar cada mes.

- ¡Padre, si eso no se hace en mi pueblo!

- Pues, empieza a hacerlo tú.

Le costó a la pobre joven obedecer, pero lo hizo. Y volvió a Ars.

- Hija, en adelante vas a comulgar cada domingo

- ¡Pero, Padre! Si todo el mundo ya me señala porque lo hago cada mes, y me muero de vergüenza.

- Mira, para que no tengas tanta, escógete algunas compañeras y lo hacéis todas juntas.

Al cabo de un tiempo, el Cura de aquel pueblo se presenta en Ars, y le dice a San Juan Bautista Vianney:

- Gracias. Hoy comulga toda la gente por la Comunión de estas chicas. Usted me ha renovado toda la Parroquia.

49. COMPROMISO CON LOS HERMANOS

Lo que ha sido siempre doctrina y práctica de la Iglesia, hoy adquiere un relieve muy especial, ante las duras realidades y desafíos de nuestro Tercer Mundo:

“Para recibir en verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos de reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos”.

Esta es la doctrina que predicaba sin rebozo un **San Juan Crisóstomo**, Padre y Doctor de la Iglesia: “Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso” (*CCE*, 1397)

Pablo nos recuerda lo mismo: si nos sentamos a la mesa del Señor ricos y pobres por igual, es inconcebible el tolerar que unos estemos hartos y otros se mueran de hambre (*1Corintios* 11,20-21). Comulgar, es optar sin más por los pobres y comprometerse con ellos.

Esto lo entendió muy bien aquel joven, el **Beato Federico Ozanam**, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Estudiante universitario en París, había de mirar mucho el dinero, pues lo necesitaba todo para pagarse los libros y las clases. Pero la Comunión le imponía un deber importante, que él cumplía con escrúpulo. Cada domingo iba muy de mañana a la Misa y a comulgar. Hacía su acción de gracias en la

iglesia y regresaba a su casa para el desayuno. Después preparaba un paquete de comida y unos dinerillos, y se iba a los barrios más humildes. Buscaba en la buhardilla más alta de aquellos multifamiliares a un pobre necesitado —“para devolverle a Jesús la visita que me ha hecho a mí”—, y le entregaba todos aquellos sus ahorros, a fin de pagar al Señor lo que le había regalado a él con la Comunión.

El Espíritu Santo ha soplado fuerte en nuestra América Latina, guiando a la Iglesia hacia los pobres. Ante este impulso divino, nuestra acción liberadora podrá nacer de muchas fuentes e ideologías. Pero nunca será tan genuina y eficaz como cuando nazca del amor a Jesucristo y a los hermanos tal como ha de vivirse en la Sagrada Comunión. Otros móviles serán siempre sospechosos, porque durarán o dejarán de existir según los aires que soplen. Si nacen del amor a Jesucristo, durarán toda la vida.

Era el principio fundamental de la querida Madre **Beata Teresa de Calcuta** —¿quién le ha ganado en entrega a los más pobres?—, la cual repetía siempre a sus religiosas: “Nuestro compromiso no es con los pobres, sino con Jesucristo”. Naturalmente, que Jesucristo se encarga después de decirnos que donde más Él nos necesita es al lado de los oprimidos. Si le queremos oír, nos lo dirá siempre que le recibimos en la Comunión...

Igual que nos lo ha dicho el Papa Juan Pablo II: “No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo. En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas” (MND)

50. MIRADA RETROSPECTIVA

Acabamos este punto de la Comunión con palabras y con hechos de algunos Santos, que son el Evangelio vivido.

San Juan Crisóstomo nos incentiva así: “¿No veis a los niños chiquitines con qué avidez y presteza clavan los labios en los pechos de la madre? Con esa misma celeridad, y aún mayor, acerquémonos nosotros a esta mesa, y como niños de pecho extraigamos la gracia del Espíritu. Que nuestra única pena sea vernos privados de esta comida del Cielo”.

También lo escribía de **San Francisco de Borja** el Padre Nieremberg: “No hay hombre tan goloso ni amigo de manjares delicados, como él lo era de este manjar celestial”.

Al comenzar este librito, nos sorprendió la visión de una Santa, Micaela María, que contempló el derroche de piedras preciosas de aquel surtidor. Al concluir, nos fijamos en otra visión muy similar. El Venerable **Padre Baltasar Álvarez** daba gracias ante el Santísimo expuesto, cuando se le aparece Jesús en la custodia, con las manos llenas de perlas y piedras preciosas, que no le caben, que se le escapan, y le obligan a quejarse: “¡Si al menos encontrara a quien las quisiera recibir!”...

¿Vale la pena comulgar?, nos hemos preguntado anteriormente.
La respuesta la damos ahora.

Con un poco de sensibilidad cristiana, vemos que no podemos hacer por nosotros algo más grande que apegarnos al Cuerpo de Cristo y embriagarnos con la Sangre que Él nos brinda. El “Tomad y comed... Tomad y bebed” de Jesús en la Última Cena, es algo más que una invitación generosa del Señor. Es un desafío para nuestro propio interés. ¿No habrá alguna diferencia en la eternidad entre quien ha comulgado mucho y quien ha comulgado poco?...

51. LA PRESENCIA

“Con vosotros estoy hasta el fin de los siglos”, había prometido Jesús al despedirse de los Apóstoles antes de subirse al Cielo (*Mateo 28,20*). Y con nosotros está de muchas formas dentro de su Iglesia:

- En la Jerarquía, el Papa y los Obispos, sucesores de los Apóstoles: “Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros rechaza, me rechaza a mí” (*Lucas 10,16*)

- En su Palabra: “Id y enseñad lo que YO os he mandado” (*Mateo 28,19-20*). Y el Concilio: “Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, ES ÉL quien habla” (*SC, 7*)

- En la comunidad orante: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mateo 18,20*)

- En el prójimo, sobre todo en el necesitado: “Me disteis de comer, me vestisteis, me acogisteis, me visitasteis” (*Mateo 25,35*)

- En el corazón del que cree y ama: “Cristo habita por la fe en vuestros corazones” (*Efesios 3, 17*). “Si alguno me ama..., vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (*Juan 14,23*)

La presencia de Jesucristo en tanta variedad de formas es *real*, verdadera, y no algo que nos hayamos inventado nosotros.

52. La Eucaristía, misterio singular

Sin embargo, Jesucristo está presente “sobre todo bajo las especies eucarísticas”, con “presencia singular”, y “eleva la Eucaristía por encima de todos los Sacramentos”, porque aquí “están contenidos *verdadera, real y substancialmente* el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo *entero*”. Esta presencia de Jesús en la Eucaristía “comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas” (*CCE, 1374-1377*)

53. ¡Creo, Señor!

¿Por qué lo creemos? Aquí tenemos por guía solamente la FE, y no discutimos, sino que aceptamos la palabra de Jesús —“*Esto es mi Cuerpo... Esta es mi Sangre*”... *Esto soy yo*—, y con esta palabra tenemos bastante.

Ya en la antigüedad cristiana, San Cirilo de Jerusalén explicaba en sus célebres catequesis: “No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con fe las palabras del Señor, porque él, que es la Verdad, no miente”.

Y Santo Tomás de Aquino, escenificando con bellísima prosopopeya un desfile de los sentidos, los hace pasar por delante de la Hostia Santa, y todos se van equivocando. La vista: ¿Esto?... Pan y vino, ya se ve... El tacto: ¿Yo? Aquí no palpo más que pan... El olfato: ¿Qué huelo? Pan tostadito y vino en la copa... El gusto: ¿Qué saboreo? Pan de harina y vino muy dulce... Todos los sentidos se equivocan. Menos el oído, que replica a los otros sentidos: Yo escucho a Jesucristo, que me asegura bien claro: “Esto es mi Cuerpo,

esta es mi Sangre”. No hay palabra más verdadera ni segura que ésta...

Ante esta fe, nosotros repetimos con el cantar: “Yo creo, Jesús mío, que estás en el altar, oculto en la Hostia y te vengo a adorar”.

Después de haber reflexionado sobre la Eucaristía como **Sacrificio** en el Altar y como alimento en la **Comunión**, pasamos a su **Presencia Permanente** en el SAGRARIO, en medio de su Iglesia.

54. Una corazonada de Cristo

Al tratar de la Presencia permanente de Jesús en el Sagrario, parece que se renovarán aquí y ahora aquellas escenas evangélicas de junto al Jordán.

Una de reproche a los cristianos ignorantes o friotes ante el Señor Sacramentado, como si Juan el Bautista les echase en cara la misma reconvención que a los judíos: “En medio de vosotros está uno a quien no conocéis” (*Juan 1,26*)

La otra, llena de encanto. Dos muchachos, Andrés y Juan, escuchan al Bautista, que confiesa con emoción: “*¡Ahí va el Cordero de Dios!*”. Los dos discípulos de Juan siguen a aquel desconocido, y le preguntan cuando se vuelve hacia ellos, al notar sus pisadas: “*Maestro, ¿dónde vives?*”. Y reciben una invitación cordial: “*¡Venid, y lo veréis!*”... Pasan juntos los tres la noche en alguna cabaña o gruta, y, sin ellos saberlo, los dos afortunados discípulos hicieron con Jesús lo que hoy llamaríamos la primera Adoración Nocturna... (*Juan 1,26 y 35*)

Esta noche de los dos primeros discípulos de Jesús se repite continuamente en la Iglesia. Por ejemplo, el judío **Herman Cohen**, hoy camino de los altares, ya católico se convierte en “El Ángel del Sagrario”. Iglesia tras iglesia, visita en París al Santísimo expuesto, y un día se le pasan las horas en la capilla del convento de las Carmelitas. Anochece. Una Hermana se le acerca, y le hace la señal de salir, porque hay que cerrar la puerta. Y él, con gran naturalidad: *-No se preocupe, Hermana. Me iré allí, donde están aquellas señoras. Y la religiosa: -Pero, es que ellas se pasan la noche entera adorando al Señor. Un rayo de luz intensa ilumina su mente: -¡Señor, Señor!... Yo quiero hacer lo mismo. Poco después, con un grupo de caballeros, iniciaba la Adoración Nocturna, la que cantaba emotivamente en nuestra lengua: “En medio del silencio del retiro, - cuando el mundo te deja solitario, - Señor de los señores, - venimos a gozar de tus amores - y hacerte compañía en tu Sagrario”*

55. Por acción del Espíritu Santo

Algunos sostienen que el culto a la Eucaristía fuera de la Misa y Comunión no tiene sentido, porque nada de esa adoración encontramos en la Biblia. Y es cierto: ni Jesús dijo nada, ni los Apóstoles mandaron nada, ni los escritores del Nuevo Testamento nos dejaron una sola palabra sobre el culto al Señor Sacramentado fuera de la Fracción del Pan. El Pan sagrado se consumía con la Comunión, y en la antigua Iglesia se guardaba únicamente lo que hacía falta para llevarlo a los impedidos: los enfermos, los presos en la cárcel y quizá

futuros mártires.

Pero, “por la profundización de la fe en la presencia real de Cristo en su Eucaristía, la Iglesia tomó conciencia del sentido de la adoración silenciosa del Señor presente bajo las especies eucarísticas” (CCE, 1379). Estas palabras del Catecismo nos reemiten sin más al Evangelio, en el que nos asegura Jesús: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa, y os explicará lo que ha de venir” (Juan 16,13). Es cierto que el Espíritu Santo fue dado de una vez para siempre a la Iglesia en Pentecostés, pero la va guiando, se le va manifestando y le va descubriendo la Verdad completa en el momento oportuno, por más que toda la Verdad de Jesucristo esté contenida en los escritos de los Apóstoles y en la Tradición viva de la Iglesia.

Esto ha pasado, de una manera evidente, con la veneración y el culto de la Eucaristía en el aspecto de la Presencia permanente del Señor en el *Santísimo Sacramento*. Precisamente, “con este nombre se designan las especies eucarísticas guardadas en el Sagrario” (CCE, 1331)

“¡Dios está aquí!”, cantamos nosotros convencidos. Porque es así, aunque otras confesiones cristianas no lo acepten. Se ha recordado muchas veces lo que el **Cardenal Perraud** contó en el Congreso Eucarístico Internacional de Paray le Monial en 1897. Un protestante inglés, de turismo por Italia con su familia, entra en una iglesia católica por admirar el arte. Y le pregunta el niño:

- Papá, ¿qué es esa lamparita roja de allí?

Y recibió la respuesta adecuada:

- Es que allí está Jesucristo, como creen los católicos.

El protestante serio y fiel, visita para el culto su propia iglesia. Y de nuevo el niño:

- Papá, ¿por qué no está aquella lucecita roja?

Y el papá, espontáneo:

- Porque aquí no está Jesucristo.

Él mismo provocó un rayo sobre su mente: *¡Aquí no está Jesucristo, aquí no está Jesucristo!...* Era el Espíritu quien le iluminaba y le llamaba. Con toda su familia ingresó en la Iglesia Católica.

Muchos hermanos separados, de espíritu muy selecto, nos envidian la fe que tenemos en la presencia real de Jesucristo en la Santa Hostia. Como **Lavattier**, que escribía: “Si pudiera creer en la presencia de Jesucristo en el sacramento, de pura adoración no dejaría ni un momento de estar de rodillas”. Y otro, en carta a **Heiler**: “Una liturgia ante el sagrario, esto es lo que busco yo, esto es lo que anhela mi corazón”

El Concilio de Trento había declarado ante la negativa de la Reforma: “La Iglesia Católica ha dado y continúa dando este culto de adoración conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión”.

56. Los Papas modernos

En primer lugar, el testimonio de **Pío XII**, un Papa que asombró al mundo por su sabiduría y santidad. Nuncio en Munich y Berlín a partir de 1917, Secretario de Estado desde 1929, y Papa desde 1939 hasta que murió en 1958. Lo cuenta una testigo excepcional, Sor Pascualina Lehner, que le sirvió durante cuarenta y un años. Esclavo de su reloj, a las once en punto de la noche dejaba su escritorio, se iba a la capilla privada, se hincaba en el reclinador delante del Sagrario, y permanecía en adoración hasta las doce, hora en que regre-

saba al despacho para seguir trabajando otras dos horas... Más que enseñarnos, aunque nos enseñó mucho, aquel Papa excelso prefirió regalarnos la prueba y el testimonio de su fe.

Pablo VI nos dejaba escrito: “Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en sitio dignísimo, con el máximo honor en las iglesias, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor allí presente, ya que día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros, lleno de gracia y de verdad” (*Mysterium Fidei*)

Juan Pablo II nos ofrece estas fervorosas palabras: “La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración”.

Aparte de su enseñanza, también su testimonio personal. La periodista Paloma Gómez Borrero, que ha acompañado al Papa en todos sus viajes, es un testigo de excepción; y en su libro “*Juan Pablo II, amigo*”, nos cuenta las sorpresas que se han llevado muchas veces los reporteros. Cuando ellos se imaginaban que eran los últimos en ir a descansar después del día agotador para enviar sus comunicaciones a la Radio o la Televisión, se encontraban sorpresivamente con el Papa, mucho más cansado que cualquiera de ellos, solo y en silencio en la capilla a pasar ante el Sagrario la última hora de la jornada.

El mismo Papa nos lo dice. “Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (*Juan 13,25*), palpar el amor infinito de su Corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo por el arte de la oración, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?”. Y sigue: “¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo” (*EDE, 25*)

Esto que nos enseñan con su palabra y su ejemplo los Papas modernos, lo han venido a confirmar muchos Santos, que nos han dejado testimonios emocionantes e inolvidables.

A pesar de sus abrumadores cargos de Arzobispo y Virrey de Valencia, **San Juan de Ribera** se pasaba hasta siete horas sin moverse ante la Hostia Santa, expuesta en la custodia.

Santa Margarita María, la confidente del Sagrado Corazón, se pasó catorce horas seguidas del Jueves al Viernes Santo ante el monumento.

San Antonio María Claret, también el Jueves Santo, celebra en el Escorial los Oficios por la mañana, se arrodilla después ante el monumento, y no se levanta hasta el día siguiente para los Oficios del Viernes.

El Santo se acercaba lo más posible al Sagrario, hasta que se le hizo notar: -*Pero, Monseñor, no hace falta adelantarse tanto. El Señor está con usted en la banca última como en la primera.* Es cierto. Y el Santo contestó dando una razón psicológica profunda: -*Ya lo sé. Jesús no lo necesita, pero yo sí.* Y así, escribió: “Delante del Santísimo

Sacramento siento una fe tan viva, que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible, y estoy continuamente besando sus llagas y quedo, finalmente, abrazado a Él. Siempre tengo que separarme y arrancarme con violencia de su divina presencia cuando llega la hora”.

Esto mismo le pasaba al valiente capellán militar de la Primera Guerra Mundial, el jesuita Padre **William Doyle**, tan apasionado por Jesús: “Sólo separa mi habitación de la capilla un tabique delgado. Me es duro dormir cuando casi oigo las palpitaciones de su amante Corazón. Siempre está llamando, y se siente dichoso si me llego a Él mientras todos están durmiendo”.

57. ¿Qué se hace ante el Sagrario?

El Papa Juan Pablo II nos lo ha descubierto en su anterior testimonio con dos expresiones al parecer muy simples, pero muy atinadas: “conversación espiritual” y “adoración silenciosa”.

58. La “Conversación espiritual”.

Conversación espiritual, primeramente. Hay que convencerse de que a Jesús le interesa todo lo nuestro, lo mismo las alegrías que las penas, los éxitos que las preocupaciones, lo bueno que hacemos, y... ¡lo malo también! Podemos y debemos ir al Sagrario para hablar con Jesús y contarle todo lo que llevamos dentro, e igual nos felicitará, que nos avisará y reprenderá; nos animará y estimulará; nos sostendrá cuando nos vea en peligro y nos perdonará si le hemos fallado; nos consolará si estamos tristes y, sobre todo, siempre nos hará sentir la fuerza de su amor que no nos falla nunca.

La jovencita **Santa Gema Galgani** era un caso especial. Se sentía feliz como nunca cuando podía hablar con Jesús en el Sagrario, “Academia del paraíso, donde se enseña el amor”, como decía ella. Oía una voz misteriosa, y respondía: “¡Voy, Jesús! Vamos, que está solo y nadie se acuerda de Él”. Y al llegar a la iglesia, prorrumpía: “¡Jesús, aquí me tienes! Oí que me llamabas, y vine corriendo”. Le pregunta un día su director espiritual: *-¿Y qué haces cuando estás delante de Él?* Y ella, sorprendida: *-¿Qué hago? Si estoy con Jesús Sacramentado, ¡le amo! Si Jesús me permitiera meterme en el Sagrario, ¿no estaría yo en el paraíso? ¿Qué me faltaría ya? Nada, absolutamente nada.*

“Le amo”, nos ha dicho Gema. Porque esa conversación con Jesucristo ante el Sagrario es muchas veces silenciosa. Es la conversación de los amantes, que tienen bastante con estar uno al lado del otro, sin decirse una palabra. Así lo expresó aquel **nuevo bautizado**, que le habla al misionero en el corazón de la India: “Padre, yo no le digo nada a Jesús, porque no he aprendido a leer en libros. Yo sólo expongo mi alma al sol”.

Es lo que hacía otra jovencita francesa por los mismos días de Gema Galgani. Se pasaba horas sentada en la primera banca de la iglesia, y le recrimina la señora que está limpiando el templo y adornando con flores el altar: *-Pero, ¿qué haces aquí tantos ratos?... -¡Ay, señora! Es que nos queremos tanto.* La encantadora muchachita moría a los 26 años de

edad. Hoy es la **Beata Isabel de la Trinidad**.

59. La “Adoración silenciosa”

Después, nos ha dicho el Papa, está la *adoración silenciosa*, que se asemeja tanto a la actitud de María de Betania a los pies del Maestro, o al reclinar de Juan la cabeza sobre el pecho de Jesús (*Lucas 10,39; Juan 13,25*). Se pueden rezar oraciones, o permanecer en silencio ante el Señor. Jesús tiene bastante con percibir los latidos callados de un corazón que le ama.

Se ha hecho célebre la anécdota de **San Juan Bautista Vianney** con uno de sus parroquianos, sencillo labriego que, al regresar del campo para su casa, iba primero a la iglesia para hacer su visita al Sagrario. El santo cura le pregunta un día: *-¿Y qué le dices al Señor?* La respuesta del campesino ha pasado a la historia de los adoradores: *-¡Nada! Yo le miro y Él me mira.*

La lámpara roja que brilla con luz perenne es el símbolo tanto de la presencia del Señor como de nuestra adoración callada. Así lo entendió la Vizcondesa de Jorbalán, **Santa Micaela María**, que hizo labrar con sus joyas una lámpara de oro para el Sagrario, y le grabó esta inscripción: “Es el corazón de tu esclava, que quisiera arder en tu amor”.

Aunque más que lámparas de oro, interesan las lámparas vivientes, como lo fuera el apóstol de Chile, Venerable Padre **Mariano Avellana**, que predicó la increíble cantidad de 536 misiones en toda la República. Y, a pesar de su trabajo, se pasaba tanto tiempo ante el Santísimo Sacramento, que se le llegó a conocer con el nombre de “La lámpara del Sagrario”.

60. Los frutos

¿Qué se seguirá de esta “conversación espiritual” y de esta “adoración silenciosa”?... Nos contesta el **Papa Pablo VI**, con estas palabras: “Cualquiera que se dirige al augustísimo Sacramento de la Eucaristía con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo, que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa sea la vida escondida con Cristo en Dios, y cuánto valga entablar conversaciones con Cristo. No hay cosa más suave que ésta y nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad” (*Mysterium Fidei*)

Esto del Papa lo atestigua la historia de los Santos, que, por su oración ante el Sagrario, han escalado las cumbres más altas.

San Alfonso María de Liguori, Obispo y ancianito de noventa años, no podía pasar sin su Jesús Sacramentado, al que acudía pidiéndole siempre más amor. Se acercaba, daba unos golpecitos a la puerta del Sagrario, y le decía al Señor candorosamente: *-Pero, Jesús mío, ¿qué no me has oído?*

San Juan de la Cruz se pasaba horas de la noche ante el Sagrario. *-Pero, Padre, ¡váyase por favor a descansar un poco! -Dejadme, hijos, que aquí hallo mi descanso.*

El célebre jesuita **Padre Petit**, anciano y enfermo, cuando no podía ir a la iglesia, le encargaba a su Ángel Custodio: *-Vete al sagrario, y dile a Jesús que le quiero mucho.*

La fe, el ansia de hablar con Jesús, la adoración humilde, son el móvil que empuja a las almas a pasarse ratos “perdidos” con el mejor de los amigos y el más fino de los amantes en esa “conversación espiritual” y “adoración silenciosa”: en La Hora Santa, en la Adoración Nocturna, o en la procesión entusiasta con la Custodia...

Aunque su amor al Sagrario les impone a veces sacrificios costosos, como a **Santa Micaela María** en París durante la revolución de 1848. Se dirige a la iglesia, y los revolucionarios le detienen el paso; pero ella salta por encima de las barricadas, y se gana a los soldados, que gritan orgullosos: *¡Dejen pasar a la ciudadana!...* Para ella, era inconcebible un día sin su Comunión y su visita al Señor Sacramentado.

Después de estos ejemplos, y la lista podía haber seguido mucho más, cerramos este punto con las palabras del Papa en su reciente Carta sobre el *Año de la Eucaristía*: “Tenemos ante nuestros ojos el ejemplo de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para el camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo ‘nupcial’ ante el Sacramento del altar” (MND)

Cuando se ha vivido el amor a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, no extraña lo de aquel gran apóstol de la Eucaristía, el Obispo **Beato Manuel González**, que escribió: “Me gustaría morir a la puerta de un Sagrario o junto a la puerta de un pobre”. Y dictó el epitafio para su sepulcro en la catedral de Palencia: “Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejen abandonado!”.

61. PARA TERMINAR

Nuestra reflexión sobre la *Eucaristía, Misterio de amor*, no va a concluir con palabras propias, sino que acudimos al Catecismo de la Iglesia Católica, que nos lo sintetiza en estas expresiones:

“El paso de Jesús a su Padre por su muerte y resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena, celebrada en la Eucaristía, y adelanta la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino”.

El paso del cristiano de la tierra al Cielo se verá muchas veces de seguro probado por el sufrimiento, conforme a aquello de Pablo: “Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (*Hechos 14,22*). Pero la Eucaristía ilumina todo el camino y nos hace vislumbrar el Cielo en lontananza con esperanza cierta. Por eso, prosigue muy bien el Catecismo:

“Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús ‘hasta que venga’ (1Cor.11,26), el pueblo de Dios peregrinante ‘camina por la senda estrecha de la cruz’ hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino” (*CCE*, 1340 y 1344)

62. EL PROGRAMA DEL CONGRESO

Finalizaba el Congreso Eucarístico Internacional de México en Guadalajara con una procesión nunca vista. Tanto esplendor, tanta devoción de los días anteriores, ¿quedarían en algo pasajero, se iban a esfumar lastimosamente, no producirían frutos permanentes?...

Todos los estudios, las catequesis y las reflexiones teológicas quedaron plasmadas en un documento que fue presentado y aprobado en asamblea general el 16 de Octubre, víspera de la conclusión del Congreso, mientras en Roma se celebraba con júbilo el 26 aniversario de la elección al Pontificado del Papa Juan Pablo II.

El documento encerraba siete proposiciones que se deseaba y pedía fueran un programa de vida, en especial durante el Año de la Eucaristía, que entonces se iniciaba. Estas fueron las siete conclusiones del documento:

- 1ª. Resaltar la importancia de la Eucaristía dominical, objetivo central del Congreso.
- 2ª. Renovar la fiesta y la procesión del Corpus Christi.
- 3ª. Revalorar la adoración eucarística en todas sus formas, incluida la Adoración Nocturna.
- 4ª. Buscar y fomentar la Comunión frecuente y digna, acompañada del sacramento de la Reconciliación.
- 5ª. Fortalecer el espíritu de misión que nace de la Eucaristía.
- 6ª. Compartir con los pobres la mesa y la Misa, en servicio de caridad, uniendo el compromiso espiritual con la necesidad del pobre.
- 7ª. Renovar en la Eucaristía la fe, el sacrificio, la comunión y el servicio, como un signo para la Iglesia Católica y el mundo.

Un programa verdaderamente acertado, exigente y, llevado a la práctica en la propia persona y en las comunidades eclesiales, capaz de renovar profundamente todos los estratos de la vida cristiana.

Como puede observarse, estas proposiciones del Congreso se prestan para conferencias, charlas, reuniones, proyectos... Lo que un Congreso *Internacional* dictaba para todos, debía concretarse después en cada país, movimiento, comunidad o grupo, de modo que no resultase letra muerta, sino que impulsara a la acción para renovar la vida cristiana por medio de la Eucaristía.

63. PARA LA HISTORIA DE LA EUCARISTIA

El Papa, al llegar la Cuaresma, se retira en absoluto de todas las actividades pastorales durante una semana para practicar sus Ejercicios Espirituales, en los que le acompañan bastantes Cardenales y otros miembros de la Curia Romana. El año 2000, el del Gran Jubileo, hizo que se los dirigiera un Obispo singular de veras: Monseñor Xavier Nguyen van Thuân, preso en las cárceles comunistas de Vietnam por muchos años. Una de sus pláticas al Papa y demás ejercitantes se hizo bien pronto famosa, publicada por los periódicos de Roma. ¿Cómo se las arregló para no verse privado de la Eucaristía durante su dura prisión?... Vale la pena copiar todas sus palabras al pie de la letra, pues no tienen desperdicio, y constituyen para nosotros una lección inolvidable de amor al Señor en la Eucaristía.

“Cuando fui encarcelado el año 1975 se me ocurrió inmediatamente una pregunta angustiada: ¿Podré celebrar todavía la Eucaristía? De momento vino a faltarme todo, pero el pensamiento estaba en lo principal: ¡El Pan de la Vida!, conforme a lo de Jesús: *“Quien coma de este pan vivirá eternamente, y yo lo resucitaré en el último día”*. Cuántas veces me he acordado de la expresión de aquellos mártires del siglo cuarto: “No podemos vivir sin el Cuerpo del Señor. No podemos pasar sin la celebración de la Eucaristía”. En todos los tiempos, pero especialmente en los de persecución, la Eucaristía ha sido el secreto de la vida de los cristianos: la comida de los testigos, el pan de la esperanza.

“Eusebio de Cesarea nos recuerda que los cristianos no dejaban de celebrar la Eucaristía en medio de las persecuciones: “Todo lugar donde se sufría se convertía para nosotros en un punto de la celebración... lo mismo un campo, que un desierto, que un barco, que una posada, que una cárcel”.

“Vuelvo a mi propia experiencia. Cuando me arrestaron en 1975, hube de marchar con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir una carta pidiendo lo más imprescindible, ropa, dentífrico... Escribí: “Por favor, mandadme un poco de vino, como medicina contra mi mal de estómago”. Los fieles entendieron muy bien. Y cuando llegó la botella, los policías me preguntaron: -¿Tiene mal de estómago? -Sí. -Aquí viene un poco de medicina para usted.

“No podré expresar nunca la enorme alegría que experimenté. Cada día, con tres gotas de vino y una de agua en la cavidad de la palma de la mano, celebré la Misa. ¡Este era mi altar y ésta era mi catedral!

“Ya tenía la verdadera medicina del alma y del cuerpo, conforme a lo de Ignacio de Antioquia: “¡Medicina de la inmortalidad, antídoto para no morir, sino medio para tener siempre la vida de Jesús!”. Cada vez tenía la oportunidad de extender mis manos y clavarme en la cruz de Jesús y de beber con Él el cáliz más amargo. ¡Fueron las Misas más bellas de mi vida! Así, durante años, me sustenté con el pan de la vida y el cáliz de la salvación. En la cárcel sentí latir el mismo Corazón de Jesús dentro del mío. Mi vida era su vida, y su vida era la mía.

“Durante años, la Eucaristía llegó a ser para mí y para los otros cristianos una presencia escondida y enardecedora en medio de las penalidades. Jesús en la Eucaristía fue adorado

clandestinamente por los cristianos que vivían conmigo, como ha ocurrido tantas veces en los campos de concentración del siglo veinte.

“En aquel *campo de reeducación*, estábamos divididos en grupos de 50 personas, dormíamos en una cama común y cada uno tenía derecho a 50 centímetros. Nos las ingeniamos para conseguir que conmigo estuvieran cinco católicos. A las 9'30 tenían que apagarse las luces y debíamos ir a dormir. Era el momento de celebrar cada día la Misa, de memoria, encorvado sobre la cama, y distribuir la Comunión pasando la mano por debajo del mosquitero. Habíamos fabricado unas bolsitas con las cajetillas de cigarros para conservar el Santísimo y pasarlo a los otros. Jesús Eucaristía estaba siempre en el bolsillo de la camisa.

“Cada semana se tenía la sesión de adoctrinamiento comunista, en la que teníamos que participar todo el campamento. Yo y mis compañeros católicos aprovechábamos el momento del descanso para pasar una de las bolsitas a cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros. Todos sabían que Jesús estaba en medio de ellos. Por la noche, los prisioneros se turnaban en grupos de adoración. Jesús Eucaristía nos ayudaba de modo inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvían al fervor de su fe. Su testimonio de servicio y de amor producía un impacto cada vez más fuerte sobre los otros prisioneros. Budistas y otros no cristianos abrazaron la fe.

“La fuerza del amor de Jesucristo era irresistible. Así, la oscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual, y durante la tempestad germinó la semilla bajo tierra. La cárcel se transformó en una catequesis. Los católicos bautizaron a sus compañeros y fueron sus padrinos. En conjunto, fueron encarcelados unos 300 sacerdotes. Jesús llegó a ser, como decía Santa Teresa de Ávila, “nuestro verdadero compañero en el Santísimo Sacramento”. Jesús nos ha hecho ser Iglesia. “Porque siendo uno solo el pan, todos nosotros somos un solo cuerpo, los que participamos de un solo pan”. Sí, la Eucaristía nos hace uno en Cristo”.

Ante un testimonio semejante, no nos toca más que callar. Callar y admirar. Admirar, y hacer de la Eucaristía, gracia de las gracias de Cristo, el centro de toda nuestra vida cristiana.

(El Arzobispo de Saigón *Xavier Nguyen van Thuân*, trece años prisionero, fue creado Cardenal por el Papa Juan Pablo II el 21-Febrero-2001. Hombre de Iglesia tan admirable, murió con fama de santo en Roma el 16 de Septiembre del año 2002)

A. M. D. G.